Nº 3 • AÑO 2011

LA PICA de Alcaine

EL CASTILLO DE ALCAINE: TESOROS EN UN BALUARTE INEXPUGNABLE

DESTILADORES DE ESPLIEGO EN ALCAINE

LA AGRICULTURA EN ALCAINE. LABOR DE LA MUJER

ALCAINE: TIERRA DE ACOGIDA. EXILIADOS POLÍTICOS DE LA POSGUERRA (III)

www.alcaineteruel.com

S U M A R I O

Fotos portada y contraportada:
Cipriano Gil

EDITORIAL
Cipriano Gil Gil, *Alcalde de Alcaine* 3
EFEMÉRIDES
Hace 105 años, *José Manuel Bespín* 4
Hace 70 años, *José Manuel Bespín* 8
CUADERNOS DE HISTORIA
El castillo de Alcaine: tesoros en un baluarte inexpugnable, *José Manuel Bespín* 10
OFICIOS DEL PASADO
Destiladores de espliego en Alcaine, M.ª *Rosa Rodrigo* 23
MUJERES DE ALCAINE
La agricultura en Alcaine. Labor de la mujer *Manuel Val* 26
ENTREVISTAS
José Fontanillas, *Mercedes Gascón* 40
FAUNA
El buitre leonado, *Esther Amigó* 45
FLORA
La caña común. Una planta infravalorada, *Dionisio Serrano Mormeneo* 48
RECETAS TRADICIONALES DE ALCAINE
Jabón, *Mercedes Gascón* 54
RUTAS DE ALCAINE
Alcaine y el Abrigo de la Cañada de Marco, centro del Patrimonio Mundial Español, *José Royo Lasarte* 58
RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS 61
RINCÓN LITERARIO 64

EDICIÓN Y REDACCIÓN:
Cipriano Gil, José Manuel Bespín, Mercedes Gascón, Francisco Giménez, Esther Amigó, M.ª Rosa Rodrigo, Esther Alonso, José Royo Lasarte, Manuel Val.

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Esther Amigó (zaragatona@telefonica.net)

PÁGINA WEB:
www.alcaineteruel.com

E D I T O R I A L

Es para mí una satisfacción presentaros el tercer número de **LA PICA de Alcaine**, elaborada gracias al entusiasmo de un grupo de hombres y mujeres de Alcaine (de nacimiento y de adopción) que aúnan esfuerzos desde 2009 para dotar a nuestra localidad de una publicación amena, rigurosa, de gran nivel. Desde el principio el apoyo del Ayuntamiento ha sido total —tanto en facilidad de consulta en el Archivo Municipal como en la búsqueda de recursos— para hacer posible una edición de calidad.

En este número seguimos fieles a la diversidad de temas tratados relacionados con Alcaine y sus gentes. Así, en la sección de Efemérides hemos seleccionado un par de fechas y hechos muy significativos: el primer reportaje turístico sobre Alcaine, publicado en una revista nacional de 1931, y el 105.º aniversario del nacimiento de uno de los hijos de Alcaine más ilustres: el tenor y divo de la jota aragonesa Pascual Albero.

En el apartado de Historia publicamos un revelador artículo de J. M. Bespín sobre el Castillo de Alcaine, que destaca un hecho casi desconocido: la custodia en Alcaine, por orden del rey Pedro IV, de las monedas acuñadas en un período del siglo XIV en Aragón. En la sección sobre oficios del pasado, M.ª Rosa Rodrigo nos explica el trabajo de los destiladores de espliego. El capítulo dedicado a las mujeres de Alcaine muestra un completo trabajo etnológico realizado por Manuel Val, en el que hace hincapié en su importante aportación en la recolección del cereal y su trabajo en el campo y la era. Mercedes Gascón nos ofrece una nueva entrega de su magnífico trabajo sobre los exiliados políticos que residieron en Alcaine, con curiosas anécdotas del personaje, y además un reportaje sobre la elaboración del jabón casero de tajo.

La sección de Fauna, por Esther Amigó, nos acerca el mundo del buitre leonado, el ave más representativa de Alcaine. En la sección de Flora, Dionisio Serrano nos presenta una planta conocida —la caña común— que fue muy aprovechada por nuestros antepasados y que tiene usos y cualidades muy curiosos. Sirva como reconocimiento a su utilidad a lo largo de la historia. En Rutas, José Royo, nos propone un recorrido por el arte rupestre nombrado Patrimonio Mundial e Itinerario Cultural Europeo y las Jornadas celebradas en Alcaine sobre el tema. Y como siempre unas recomendaciones de libros publicados sobre Alcaine, Parque Cultural o comarca, que siempre son muy útiles, y el habitual rincón literario donde, a través de prosa y verso, dos alcaineses nos plasman su sensibilidad artística. En definitiva, un número que muestra una panorámica de Alcaine y sus gentes —del pasado y de la actualidad— que espero sea de vuestro agrado. Reitero, como en cada número, el ofrecimiento a la colaboración en **LA PICA de Alcaine** con artículos (rigurosos) de cualquier especialidad que estén relacionados con nuestro municipio y/o sus habitantes.

¡A pasar página… y que os guste este tercer número!

CIPRIANO GIL GIL
Alcalde de Alcaine

NACIMIENTO DEL ALCAINÉS PASCUAL ALBERO, FIGURA EXCEPCIONAL DE LA JOTA, LA ZARZUELA Y LA ÓPERA

José Manuel Bespín

En la casa familiar de la empinada calle Áspera de Alcaine (Teruel), nacía en octubre de 1906 Pascual Albero Burillo, fruto del matrimonio formado por el jornalero Francisco Albero Muniesa y Mercedes Burillo Val. A pesar de la discrepancia sobre la fecha exacta en las publicaciones aparecidas hasta la fecha (que unos fijan en el día 8 y otros en el 21) lo cierto es que el acta de nacimiento del Registro Civil de Alcaine recoge la del 29 de octubre de 1906. Dos años antes había nacido su hermana Pilar, que también destacaría como intérprete de jotas. Como es lógico nadie podía imaginar que, con mucho esfuerzo, estudio y tesón, Pascual llegaría a convertirse en un magnífico tenor lírico y en el divo de la jota aragonesa.

Pascual Albero estudió la primera enseñanza en la escuela de niños de Alcaine que, en aquellos años, tenía como docente a don Antonio Cebollada, quien supo imbuir a su alumno del ansia de conocimiento y fomentar su aplicación en los estudios. Al marchar su familia en 1920 a Zaragoza, con tan sólo 14 años, ingresó en una oficina y en sus horas libres estudiaba contabilidad. Desde su más tierna infancia escuchó a su padre cantar jotas (era tenido por buen cantante en el pueblo y la comarca) quien supo inculcarle la afición por la música; eran frecuentes en su casa los torneos familiares de canto entre él y su hermana Pilar, con el padre de jurado. Su hermana Pilar destacaba en todos los espectáculos joteros que se realizaban, y su participación y premios en los certámenes en los que se presentó debió de incrementar sin duda la afición de Pascual y llevarle a tomar la determinación de ingresar, para cultivar su voz, en el Orfeón Zaragozano, que por entonces dirigía el maestro Galarza.

Una vez cumplido su servicio militar y tras diversos éxitos en Zaragoza marchó a Barcelona para estudiar música y canto, al tiempo que trabajaba en una empresa como contable (la discográfica Polydor) con la intención de no ser una carga gravosa para su familia. Tras casi tres años de formación y duro trabajo hizo su presentación en 1932, interpretando la ópera *Marina* en el barcelonés teatro Victoria, con tantísimo éxito que sus paisanos presentes lo sacaron a hombros como a los toreros y lo bajaron por Las Ramblas. Sin duda este éxito le hizo perseverar en su idea de estudiar más intensamente; preparó un variado repertorio operístico y aprendió la lengua italia-

Fachada de la casa de Alcaine donde nació Pascual Albero, con la placa de reconocimiento y detalle de ésta (30 de abril 2005). *(Fotos: J. M. Bespín)*

na y un amplio abanico de zarzuelas, que lo encumbrarían en pocos años por los teatros de toda España.

El 28 de agosto de 1934 se presentó en Madrid para interpretar la zarzuela *La alegría de la huerta*. El triunfo fue tan grande que la obra fue representada más de medio centenar de ocasiones. En 1935 participó en un concurso organizado por Unión Radio, en el que obtuvo el primer premio, incrementándose así su prestigio en todo el país y actuando en numerosas ocasiones en directo en dicha emisora, predecesora de la actual SER.

El estallido de la sangrienta Guerra Civil le cogió en Barcelona y supuso evidentemente un freno a su carrera profesional. En lo personal, ese mismo año se casó con la belchitana Elena Esbec, con la que tuvo dos hijos. Aprovechó su situación para participar en dos películas basadas en obras de Pablo Luna: *Hogueras en la noche* (1936), realizada por Arturo Porchet, y *Molinos de viento* (1938), de Rosario Pí. Acabada la contienda reinició las giras por toda España y en 1944 estrenó *El Pilar de la victoria* en el Teatro Principal de Zaragoza. Llegó a actuar en París y en el emblemático Teatro del Liceo barcelonés.

Interpretó obras con reconocidos astros de la música como Plácido Domingo (padre), Aníbal Vela, Pablo Gorgé, Eduardo Brito, Pedro Terol, Matilde Marín, Marcos Redondo, Emilio Sagi-Barba, Pilarín Andrés y María Espinal.

Programa de cine de *Hogueras en la noche*, película de Pascual Albero estrenada en 1939.

En 1946 tomó la decisión de reinstalarse en la capital aragonesa como gerente de una empresa de detergentes, alternando esta labor administrativa con su vocación de cantante y participando en actividades musicales (fue uno de los fundadores de la Polifónica Miguel Fleta). Dos años más tarde, pudo realizar uno de sus sueños: preparar un repertorio de jotas que grabó en varios discos aportando a la canción aragonesa su bella voz, su depurado gusto y sugestivo matiz, enriqueciendo la jota hasta niveles desconocidos hasta entonces. A esta tarea consagró los últimos años de su carrera artística para **«sacar a la jota del trillo y la esteva y vestirla de etiqueta»** como afirmó en más de una ocasión.

Jubilado en 1972, dedicó los años siguientes a su familia y amigos. Recibió el homenaje de Alcaine en 1984, cuando se puso nombre a la plaza principal de la localidad, y ese mismo año en el Ateneo de Zaragoza. Tiene calles dedicadas en Belchite y en Zaragoza (que curiosamente está en la intersección con otra dedicada a un alcainés de adopción: el profesor Antonio Beltrán). Falleció el 27 de marzo de 1999 en Figueruelas (Zaragoza).

El 30 de abril de 2005 se celebró en Alcaine un homenaje a su figura por parte de la Asociación de Amigos de la Música de la Biblioteca de Aragón

(AMBA) y el Ayuntamiento de Alcaine, con un recital lírico, de ópera y zarzuela, por parte de cantantes de la citada asociación (entre ellos su nieto Rodolfo Albero), en un marco incomparable: la iglesia de Santa María la Mayor. El recital tuvo amplia repercusión y gran asistencia de público. En la fachada de su casa natal se colocó una placa, realizada en cerámica de Muel, en recuerdo de su extraordinaria carrera musical. Tres años más tarde, el 13 de septiembre de 2008, se celebró otro recital lírico que volvió a abarrotar la misma iglesia, hasta el espacio del Coro, siendo una jornada memorable en recuerdo del insigne tenor alcainés en la que se pudo contar con la presencia de varios familiares.

Dos muestras de la discografía de Pascual Albero.

La llaneza, la afabilidad, el optimismo y la falta de endiosamiento, le llevaron a ser una figura entrañable, respetada y acogida con naturalidad por todas las personas con las que trataba. Buena prueba de ese cariño y amistad fue sin duda la alta asistencia a los diversos homenajes que se le realizaron y el recuerdo que perdura en todas las personas que lo conocieron. Como legado importante nos queda su inmensa voz en las grabaciones artísticas conservadas.

Alcaine

Homenaje musical al tenor Pascual Albero

Ocho músicos participaron en el evento en honor al artista local

REDACCIÓN (Teruel)

Un concierto lírico en el que intervinieron cuatro sopranos, un tenor, un barítono y dos pianistas sirvió el pasado fin de semana para rendir homenaje al tenor local Pascual Albero, que falleció en el año 1969.

Los músicos interpretaron durante dos horas un variado y amplio repertorio que incluyó piezas de Sorozábal, Alvarez, Barbieri, Esperón, Moreno Torroba, Bellini, Lehar, Lacalle y Rimsky-Korsakov, entre otros. El Ayuntamiento de Alcaine y la asociación zaragozana Amba (Amigos de la Música de la Biblioteca de Aragón) fueron los encargados de organizar la actividad musical.

El concierto tuvo lugar en la iglesia de Santa María La Mayor, del siglo XVIII. La perfecta acústica del espacio posibilitó que los artistas cantaran, sin amplificadores acústicos, y que su sonido invadiera el recinto que se encontraba abarrotado de público que ocupaba hasta el Coro de la iglesia.

Público entregado

Un público entregado ovacionó individual y colectivamente las actuaciones de las sopranos Mary Francis Oyarzábal, María Luisa Pureza, Olegaria Serrano y Cristina Blasco, el tenor Miguel Angel Samitaria y el barítono José Luis Cabeza, que estuvieron acompañados por el pianista y director musical Emilio Belaval.

El encargado de cerrar el concierto celebrado en la localidad el tenor y presidente de la Asociación Amba, Miguel Angel Samitaria, con una magistral interpretación de la Romanza de Leandro de la obra *La Tabernera del Puerto* del compositor Pablo Sorozábal.

Particularmente emotiva fue la presencia de varios familiares del gran tenor alcainés y divo de la jota aragonesa (hermana, hijo y nieto) y la interpretación de varias canciones al piano por parte de su nieto Mauro Albero.

Este homenaje se suma a otro celebrado en 2005 cuando se colocó una placa de cerámica en la casa de Alcaine donde nació el tenor Pascual Albero.

En la imagen, un momento del concierto ofrecido en la iglesia de Alcaine

Noticia del homenaje de Alcaine, publicada en el *Diario de Teruel* (17 de septiembre de 2008).

EN 1931, UNA REVISTA BARCELONESA PUBLICÓ UN REPORTAJE SOBRE ALCAINE

El reportaje turístico más antiguo sobre Alcaine

José Manuel Bespín

El número 41 (correspondiente al 8 de octubre de 1931) de la revista barcelonesa **La Hormiga de Oro-Ilustración Católica**, una publicación que cumplía ya en esa fecha 48 años de vida, incluyó el que puede ser el primer reportaje en una publicación de esa categoría —que se distribuía por toda España— sobre nuestro pueblo. Una fotografía a toda página tomada en los Estrechos del Hocino, mostrando a dos personas sobre las piedras de un reciente desmoronamiento rocoso, ilustra el reportaje (firmado por Joaquín Busquets) que en dos páginas más —y con cuatro bellas fotografías de J. Candial— hace un recorrido por los puntos emblemáticos de Alcaine y su historia para destacar la belleza del entorno y la calidad humana de las gentes que lo habitan.

Señala que según algunos historiadores **«en el lugar donde se levanta la actual villa existía otra población fundada por los romanos»**. Destaca que si durante la dominación árabe y la Reconquista, época de la cual **«conserva aún diseminados por sus alrededores los ennegrecidos y esqueléticos paredones de cuatro o cinco castillos»**, Alcaine fue un pueblo guerrero, sus actuales pobladores tienen como **«únicos instrumentos bélicos el arado y el azadón, sus campos de batalla los hermosos azafranales, y sus corceles los resignados semovientes, que sirven en las tareas cotidianas del labradío** [lo que] **basta para ver que nos hallamos entre gente buena, laboriosa y pacífica»**. Describe la situación del caserío, sobre la vertiente de la montaña, los edificios más notables (destacando la iglesia con su hermoso retablo y la torre mudéjar), las casas de tapial —algunas, buenos ejemplos de estilo aragonés—, el Calvario **«con su bella avenida de cipreses y olivos»** y la Cueva de los Esquiladores y a sus pies los desfiladeros de los Estrechos.

El reportaje hace hincapié —no hay que olvidar que está fechado tan sólo dos años después de la inauguración del Pantano de Cueva Foradada— en que **«Alcaine era, hasta hace poco, uno de los pueblos más ricos del partido de Montalbán»**. Y añade que **«sus hermosísimas y extensas huertas, que se extendían desde Obón hasta Oliete, constituían una inagotable riqueza, envidiada por los pueblos comarcanos. Sombra de**

ella no más es la pequeña, aunque magnífica huerta de San Ramón, que se extiende en la parte norte de la villa» y el daño que ha ocasionado que toda esa riqueza quedara anegada por las aguas al inundarse la vega, provocando el descenso de la población por el éxodo de sus habitantes. **«La visión estupenda que ofrece al excursionista desde aquellas alturas la vasta superficie del pantano, en cuyas aguas se refleja, en variedad cromática, la naturaleza toda, nada dice a los moradores de Alcaine; por el contrario, es su eterna pesadilla pensar que bajo sus aguas ha desaparecido para siempre cuanto de valor poseían: huertas, prados, maizales, frutales, pajares, incluso los caminos»**.

LA HORMIGA DE ORO
Ilustración Católica
CON CENSURA ECLESIÁSTICA
Año XLVIII Barcelona 8 de Octubre de 1931 Núm. 41

Por tierras de Aragón: ALCAINE

La Hormiga de Oro

Varias páginas de la publicación.

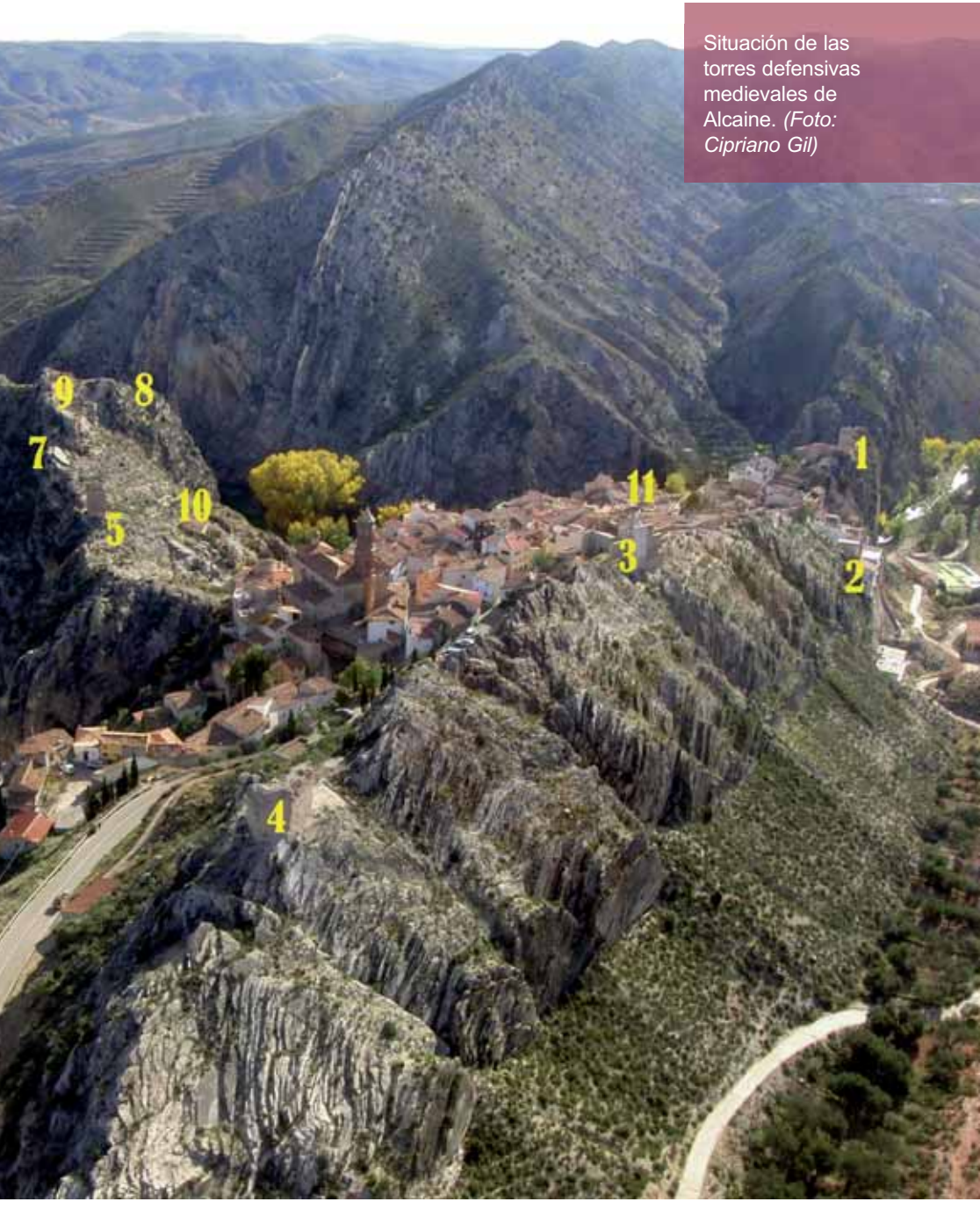
El castillo de Alcaine: tesoros en un baluarte inexpugnable

José Manuel Bespín

Casi todas las leyendas tiene algo de verdad y la del tesoro de las arcas reales custodiadas en Alcaine, también: en el siglo XIV las monedas acuñadas en el Reino de Aragón se salvaguardaron, por orden del rey Pedro IV, en el castillo de Arcayne.

La singular ubicación de Alcaine, en la ladera y cima de una montaña, rodeada de crestas rocosas e imponentes precipicios le dotaba de una especial protección natural frente a posibles agresiones externas. Por su posición elevada y situación sobre las hoces del río Martín ya durante la dominación musulmana era un

El castillo de Alcaine: tesoros en un baluarte inexpugnable



Situación de las torres defensivas medievales de Alcaine. *(Foto: Cipriano Gil)*

punto estratégico, un excelente puntal defensivo para la vigilancia de la entonces crucial ruta de Híjar a Montalbán. Los versos del *Cantar de Mío Cid* que narran las correrías del caballero castellano por tierras del río Martín así lo atestiguan. No es de extrañar pues, que ya en el siglo XI, los pobladores musulmanes fortificaran las defensas naturales con la construcción de un sistema de torres y castillo muy poco común, que convirtió a Alcaine en un reducto casi inexpugnable como defensa frente a la Reconquista cristiana que comenzaba su hegemonía en la Península. El material utilizado en la construcción de esta impar fortaleza fue la piedra, abundante en la zona, y el tapial, habiéndose mantenido en mejor estado de las 11 torres originales las que fueron reutilizadas como palomares, que son las que han llegado erguidas hasta nuestros días. Alcaine no fue reconquistada hasta el siglo XIII. La historiadora María J. Berraondo, que fue la primera en recopilar valiosos datos históricos de Alcaine, cita como primer documento[1] uno fechado en 1204 en el que aparece Alcaine en poder de Arnaldo Palacino. Pero en años posteriores se abrió un período de luchas entre los señores de los alrededores por el control de la fortaleza, que perduró hasta finales de dicho siglo cuando el rey puso fin al conflicto convirtiendo la villa en realengo.

El sistema defensivo de Alcaine estaba compuesto por ocho torres o «atalayas independientes […] rodeando el caserío. Desde ellas se registran todos los alrededores. A ellas hay que sumar tres torres más anexas —de ángulo— a un pequeño castillo»,[2] circundado por unos cortos tramos de muralla en los escasos puntos donde era necesaria, ya que, como se ha dicho, el terreno escarpado ofrecía una defensa natural.

Si las piedras y el tapial hablasen conoceríamos mil y una historias de traiciones y luchas, pero también de fidelidades, de amor, de vivencias, de sentimientos que afloraron en los personajes que lo habitaron a través de los siglos. Gracias a los documentos que han llegado hasta nuestros días vamos conociendo pinceladas —aún insignificantes— de la historia del castillo y villa de Alcaine, que nos hacen comprender su relativa significación en diversas etapas de

[1] BERRAONDO URDAMPILLETA, María Jesús, «Datos históricos de Alcaine y Obón», *Revista Teruel*, 87 (II). Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, 1999, pág. 19.

[2] ROYO LASARTE, José, *Alcaine paso a paso. Aproximación histórica*, Alcaine: Ayuntamiento de Alcaine, 1995, pág. 83.

Torreones. En primer término la Torre de la Solana. *(Foto: J. M. Bespín)*

la historia. En este artículo sólo vamos a referirnos a dos hechos, espaciados apenas sesenta años, y que han tenido como eje principal ese castillo y defensa singular erigido en Alcaine, y en los que tuvieron mucho que ver dos reyes de Aragón… y la leyenda que originaron.

El castillo de Alcaine como tal aparece documentado por primera vez en un pergamino fechado en 1239, en el testamento de Blasco de Alagón,[3] en el que se dispone que «*lexo en poder e en mano de don Pedro Sessé* [su cuñado] *el castiello e la villa d'Arcayne con todas las armas e con todas las ropas e los ostiles que yo a Sanio de Fuentes e comendé, e todas las exidas d'Arcayne con la heredat del castiello*». Pagadas por don Pedro las deudas contraídas por Blasco, en 1246 pasaron las posesiones a sus dos herederos, su hija doña Constanza y su sobrino don Blasco, correspondiéndole a éste último el castillo y la villa de Alcaine, entre otras propiedades.

Pasados los años, en otro testamento[4] datado el 8 de enero de 1272, ese Blasco II de Alagón (también conocido por "Blasquiello" o "El Nieto") que había heredado esas propiedades, dejó a su hijo

[3] Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Barcelona, Condado de Sástago, Pergamino n.º 1.
[4] CORTES BAREA, E., «El Císter zaragozano en los siglos XII y XIV», *Revista Jerónimo Zurita,* 1978, págs. 372-373.

Artal IV de Alagón, entre otras posesiones «*et mean hereditatem Alcanicii et Olietum et castrum et villam de Archayne*». Del período en el que perteneció a Artal poseemos más referencias documentales, gracias sobre todo a su enfrentamiento con el rey Jaime II, al ponerse de lado de la Unión de Nobles que se enfrentó al rey en defensa de sus derechos.

A pesar de los intentos del rey por atraerse a algunos señores de Aragón, en especial a Artal que se había rebelado contra él, lo cierto es que éste tenía atemorizados con sus continuos ataques y exigencias a los pobladores de las villas y aldeas de Daroca, Teruel, Morella y Huesca. Incluso se atrevió a atacar un convoy de mercancías que Bernat de Sarrià (importante caballero al servicio de la Corona) llevaba a Valencia. Hasta tal punto llegó el desacato y la violencia, que el rey se vio forzado a reunir a las huestes de varios nobles para acabar con sus incursiones. No vio Artal mejor defensa que refugiarse en su castillo de Alcaine (al igual que harían los García de Sessé en el siglo XV y los Luna durante otros conflictos). Arrinconado en su castillo de Alcaine, la intercesión de varios señores, caballeros y Justicias lograron la promesa real de perdón si se sometía Artal a la Corona, evitando las graves represalias contra él, su familia y vasallos.

Gracias a la ingente labor del archivero e investigador Juan Manuel del Estal, que durante más de veinte años de trabajo estudió el reinado de Jaime II, hemos podido conocer el período y alcance de la presencia del rey Jaime en las tierras de Alcaine, durante su enfrentamiento con Artal en el verano de 1293. Salió de Zaragoza con destino a Huesa y desde allí se dirigió a Montalbán, a donde llegó el 1 de julio y permaneció hasta el día 5 en el que preparó la partida hacia Alcaine. Por la constancia documental verificada que cita (pergaminos con órdenes, instrucciones y privilegios), sabemos que el rey estuvo presente en Alcaine desde el lunes 6 hasta el martes 14 de julio, desde donde partió, una vez solucionado el asedio y enfrentamiento con Artal hacia Albalate para proseguir viaje a Pina, Tarazona y Zaragoza.[5]

No cabe ninguna duda de que la inspección ocular del primer día y los ocho posteriores que permaneció en su campamento, si-

[5] ESTAL GUTIÉRREZ, Juan Manuel del, *Itinerario de Jaime II de Aragón (1291-1327)*, Zaragoza: Instituto Fernando el Católico (C.S.I.C.), Col. Fuentes Históricas Aragonesas n.º 47, 2009, pág. 83.

tuado en la rambla de Alcaine (junto al río Martín, pegado a su fértil huerta) le hicieron aceptar el consejo de sus oficiales al verificar la imposibilidad de atacar el protegido enclave del castillo —enrocado en la cima de la montaña— sin perder numerosas vidas en el enfrentamiento. Pero, además, el hecho de que Artal estuviera desposado con Teresa Pérez de Aragón (hija bastarda de Pedro III y por lo tanto hermana del rey Jaime) fue también un aspecto a tener en cuenta para no llevar más allá la violencia a emplear. Así, la mejor solución militar que restaba era el asedio a la población hasta su rendición. Aunque era previsible que los sitiados mantuvieran reservas de alimentos y agua tanto en el castillo como en la adyacente cueva situada sobre El Hocino (hoy conocida como Cueva de los Esquiladores), dentro del perímetro defensivo, las perspectivas a largo plazo no eran nada buenas por lo que se impuso la razón y tras duras negociaciones se llegó a un acuerdo que satisfizo a ambas partes. La resolución se expresa en una de las cartas reales de Jaime II: *«Artal de Alagón, contando con el consentimiento de su mujer, la infanta Teresa, permuta con el rey los castillos y villas de Alcaine y Oliete por las villas de Pina y Alcubierre»*.[6] Así consiguió el rey su objetivo de alejar a Artal de las tierras donde había hecho tanto daño y librar a los vecinos de las villas y aldeas de la comarca de sus ataques y saqueos.

Torre número 1 (habilitada como antiguo palomar del *Tío Cristos*). *(Foto: J. M. Bespín)*

Han sido varios los historiadores que han negado algunas conjeturas, que incluso han llegado hasta nuestros días, que veían el

[6] Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Caja 1, n.º 225.

origen del topónimo Alcaine (en su versión antigua *Archayne, Arcayne, Arcaine*) en el hecho de que en nuestro pueblo se llegaran a custodiar las arcas reales. Todavía en un documento de 1877 rubricado por el entonces alcalde de la villa, Jacinto Flor, se mantiene la afirmación explicando que fue ante el miedo a la ocupación árabe cuando *«el rey D. Jaime de Aragón* (…) *se retiró a esta villa formando su Cuartel Real en la misma a donde custodiaba sus tesoros»*.[7] Quizás el origen de todo ello sea, como se ha dicho, la presencia en Alcaine a finales del siglo XIII del rey Jaime II en su asedio a nuestro castillo y villa, donde pudo comprobar el magnífico emplazamiento que lo convertía casi en inexpugnable y que pudiera hacerle pensar que sería el lugar idóneo donde salvaguardarlas. Lo cierto es que, hasta el momento, no se ha hallado ninguna prueba documental de ello y que en ese período en que se suscita el origen, la villa —como hemos visto— ya se llamaba Archayne.

Pero la leyenda de la custodia del tesoro real —o algo parecido— puede tener otro origen auténtico, plenamente documentado, que confirma la presencia en el castillo de Alcaine tan sólo seis decenios después (1350) de las monedas acuñadas en la ceca de Zaragoza, durante casi tres años, por orden del rey Pedro IV, que las envió allí para su custodia y salvaguarda.

EL REY PEDRO IV ORDENA QUE SE CUSTODIEN EN EL CASTILLO DE ALCAINE LAS MONEDAS ACUÑADAS EN ARAGÓN

El reinado de Pedro IV (en Cataluña conocido como Pedro III), El Ceremonioso o *el del Puñal*, uno de los más largos de los reyes aragoneses (1336-1387), estuvo lastrado intermitentemente por conflictos económicos y bélicos, al tiempo que fue sacudido también por las epidemias de peste que asolaron el continente europeo, con el consiguiente estrago entre la población y en la economía de los reinados. La peste y el alto coste de las guerras fueron la causa principal de la sangría económica que sufrió Aragón, con una acusada alza de precios que llevó el hambre a muchas casas del reino. Durante los primeros años de su reinado gobernó sin convocar Cortes, consultando a

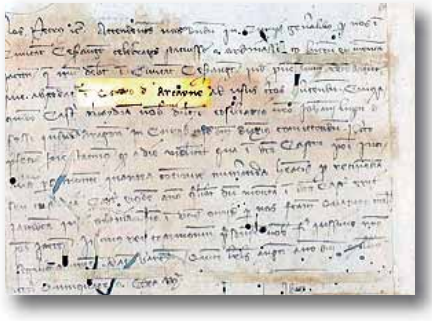
[7] Archivo Municipal de Alcaine. Correspondencia oficial al Ministerio de Fomento, fechada el 12 de septiembre de 1877.[7]

los señores y a los miembros de su Consejo pero, obligado por las circunstancias, no le quedó más remedio que hacerlo por primera vez en 1347 y comprometerse a continuar las reuniones parlamentarias. Con la finalidad de potenciar el desarrollo económico y financiar las campañas bélicas, Pedro IV convocó Cortes en 1350 para que autorizaran la emisión de moneda que lograra esos objetivos y solucionara también una escasez que se venía padeciendo desde hacía muchos años.

En esa reunión de Cortes, celebrada en Zaragoza el 4 de mayo de 1350, se promulgó el Fuero *De augmento et cuditione monetae* (Del aumento y acuñación de moneda) que autorizaba la producción de *«cuatro cuentos y medio de dineros* [4,5 millones] *y medio cuento mas de meajas»* a lo largo de los siguientes cuatro años.[8]

El arqueólogo, numismático e historiador Joaquim Botet logra concretarnos algunos datos relevantes más de esta decisión, que traducimos del catalán: *«Del 28 de julio de 1350 es el nombramiento, hecho por el rey D. Pedro a favor de Joan Eximeniç de Huesca, de maestro mayor de*

Pedro IV de Aragón, detalle del óleo de Manuel Aguirre y Monsalbe (1885), en la Diputación Provincial de Zaragoza.



Detalle del pergamino 6v de la serie *Monetae*, que ordena en 1350 la custodia de las monedas de Aragón en el *«castro d' Arcayne»* (ACA, Real Cancillería, n.º 1504).

[8] ROYO ORTÍN, Marco L., *La moneda en Aragón. La Edad Media*; en *http://www.numisma.es/MarcoLuis/Utilidades/4-ARAGON-EDAD_MEDIA.pdf*.

la moneda jaquesa que las Cortes de Zaragoza le habían autorizado para hacer acuñar, en cierta cantidad y por tiempo limitado, con la condición de fabricarla de la ley, peso y tipo acostumbrado. En otro documento, del mismo día, se señala al sobredicho Eximeniç, en concepto de sueldo, la cantidad de 60 libras jaquesas, las cuales debía de cobrar del lucro de la moneda que se acuñaría en la ciudad de Zaragoza. Quien, de hecho, desempeñó aquel cargo, no fue Eximeniç sino Ramón Gay, nombrado, además de escribano y regidor de la acuñación, suplente de maestro».[9]

A esos nombramientos, realizados por el rey, se sumaron los indispensables para llevar a término la acuñación de moneda: afinador, ensayador, tallador, maestro de balanza, custodios, fundidor, blanqueador y demás oficiales de costumbre en tales casos. Ordenando igualmente el rey *«que la moneda que se acuñase fuera depositada a su disposición en el castillo de Arcayne»*,[10] del cual hizo alcalde a D. Juan Lupo (López) de Sessé, que fue Justicia de Aragón desde 1348 a 1360. Sin duda, el hecho de que el Justicia hubiera nacido en Albalate y conociera a la perfección las defensas de Alcaine debieron pesar en la decisión real de elegir ese emplazamiento.

Las monedas fabricadas en la ceca de Zaragoza (a donde se trasladó el taller desde su anterior ubicación en Sariñena) y custodiadas en el castillo de Alcaine hasta su distribución por el Reino, según las necesidades, fueron los denominados **dineros** y llevaban labrado en el anverso ***ARA GON****(um)* entre el busto del rey coronado a izquierdas y en el reverso ***PETRVS D****(ei)* ***GRA****(tia)* ***REX*** (Pedro, por la gracia de Dios, rey de los aragoneses) alrededor de un círculo que contenía una cruz patriarcal de dos travesaños.

A pesar de lo prometido por el rey en la reunión parlamentaria que aprobó la acuñación, de que las monedas serían del peso y ley acostumbrados, lo cierto es que *«redujo el contenido de plata de cada dinero a 1 dinero 18 gramos (14,58%) e incrementó la cantidad acuñada de un marco a 29 sueldos 6 dineros* [por lo que] *el enorme beneficio ascendió a alrededor de 21 sueldos 6 dineros por*

[9] BOTET I SISÓ, Joaquim, *Les monedes catalanes*, Valencia: Puvill, Biblioteca Hispánica Puvill, Secció Numismática 6, vol. II, 1976 (edició facsímil), págs. 114-115.

[10] Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Real Cancillería, Registros, n.º 1.504, Título: Monetae-2, Años: 1350-1354, Pergamino 6-v.

Dinero de Pedro IV de Aragón (anverso y reverso).

marco»[11] [traducción propia]. Posiblemente, el descontento general de la población y, en mayor medida, de los comerciantes (que protestaron en carta al rey tan solo un año después) debió de ser el responsable del cese de la acuñación, pues el 4 de mayo de 1353, encontrándose el rey en Valencia, dirigió una orden a los alcaldes de la moneda jaquesa que se acuñaba en Zaragoza, diciéndoles que, *«habiendo dispuesto se dejase correr la acuñación de dicha moneda, recogiesen enseguida los cuños con los que se batía y los cerraran en una caja que tuviese dos cerraduras y dos llaves, conservando ellos una llave y haciendo entrega de la otra a Joan de la Seda, de la casa real»*.[12] Así, encontramos también que Ramón Gay, quien en marzo de dicho año regentaba la ceca de Zaragoza, ejercía ya en Barcelona en el siguiente mes de abril el cargo de maestro de la moneda que se acuñaba en esta última ciudad, por lo que vemos que la orden se cumplió de manera inmediata.

Es de suponer pues que en esos tres años de funcionamiento de la ceca zaragozana se efectuarían casi tres cuartas partes de la acuñación. Esa ingente cantidad de moneda era trasladada, como ordenó el rey, al castillo de Alcaine (distante unas trece leguas) en un recorrido penoso, en los tramos finales, que ralentizaba la marcha. Es indudable que el emplazamiento elegido era el idóneo para esa misión: un pueblo escondido entre montañas, con accesos de fácil custodia y con un emplazamiento definitivo —el castillo— protegido a base de torres

[11] ZULAICA PALACIOS, Fernando, «El món urbà a la Corona d'Aragó: del 1137 als decrets de Nova Planta», Barcelona-Lleida: Universitat de Barcelona. Publicacions i Edicions, XVII Congrés d'Historia de la Corona d'Aragó, 2003.

[12] BOTET I SISÓ, Joaquim, *Op. cit.*, pág. 115.

diseminadas alrededor que, gracias al encrespado terreno sobre el que se asentaban, hacía casi innecesaria la utilización de muralla defensiva alguna.

Sello menor de Pedro IV (1339), de la sección de sigilografía del Archivo Histórico Nacional (Madrid).

Aunque se trasladaran los cofres de monedas con gran discreción, en aras de su seguridad y bien custodiados, no cabe duda de que la llegada a Alcaine de los portadores no pasaría inadvertida y máxime cuando perduró en el tiempo el continuo trasiego (llegada, almacenamiento y distribución). Aunque en ocasiones a través de la historia el castillo de Arcayne albergó y custodió armas y efectos de valor de los señores, es fácil deducir que la mente de los habitantes elucubraría imaginativamente sobre el contenido de aquellos cofres que, no sin cierto peligro por lo escarpado del terreno, eran trasladados sobre monturas desde el centro del pueblo hasta el propio Castillo, custodiado por las torres erguidas sobre la Pica de la Solana. Sólo el miedo y el respeto al señor y al rey harían mantener el silencio de la presencia de semejante tesoro en Alcaine.

Hechos como los relatados fueron los mimbres que tejieron en el imaginario popular antiguas leyendas que surgieron de la época medieval y que, a través de la tradición oral, pasando de generación en generación, han llegado algo deslavazadas hasta nuestros días. Una de ellas, recogida literariamente por el profesor Manuel Pascual,[13] en su libro *El saurio que vuela,*[14] versa sobre un tesoro oculto en Alcaine. Basándose en recuerdos de los más ancianos, el autor ha recuperado la llamada *El manantial de oro*.

Un antiguo señor feudal —hay muchas coincidencias para creer que no surgiera basándose en el déspota Artal de Alagón, señor de

[13] Manuel Pascual Guillén nació en Teruel, fue maestro nacional en Montalbán, doctor en Psicología, licenciado en Geografía e Historia y en Ciencias de la Educación, y profesor de Historia en un instituto de Zaragoza. Gran amigo de la familia alcainesa Burillo Nebra, el *Tío Antonino* le refirió la citada leyenda. Tiene diversas obras publicadas.

[14] PASCUAL GUILLÉN, Manuel, *El saurio que vuela. Esos otros mitos, leyendas y tradiciones turolenses*, Zaragoza: Editorial Certeza, Colección Cierzo n.º 1, 2003.

Alcaine— amasaba una gran fortuna con las riquezas propias, las arrebatadas a las gentes de Alcaine y a los pueblos cercanos, y las que conseguía de las caravanas que atravesaban la zona. Su tesoro fue escondido en un lugar construido por un mago: una gruta con pasadizos en la montaña. Pero al matar el señor a un hijo del mago, éste se vengó haciendo que todo se desplomase y desapareciera. Como el mago había prometido que el tesoro sería la riqueza del pueblo cuando más lo necesitara, los pobladores removieron afanosamente las piedras sin encontrar nada y fueron pasando los años cayendo al final en el olvido. Siglos después, una pertinaz sequía asoló la comarca secando el río y llevando el hambre y la desolación a todas las casas. Pero en Alcaine una joven, con fe y amor al prójimo, recibió la revelación del mago y se dirigió

Glosario sobre las cecas	
AFINADOR	**Oficial encargado de la afinación (proceso por el que se separa el metal puro de la escoria en el crisol).**
ACUÑADOR	**Encargado de la acuñación o fabricación de moneda.**
AJUSTADOR	**El responsable de ajustar el peso legal y las medidas establecidas en las ordenanzas.**
BATIDO	**Acción de acuñar las monedas. Se disponía una pieza de metal calentada entre dos troqueles y al golpear el superior a martillo se imprimía la moneda.**
BLANQUEAR	**Operación que daba a la moneda el color natural de su metal.**
CECA	**Casa-taller donde se labraba la moneda.**
CUÑO	**Troquel. Pieza de metal endurecido en cuyas caras se graban en hueco los símbolos, dibujos, números letras del anverso y reverso de la moneda.**
ENSAYADOR	**Oficial encargado de comprobar la ley de los metales en la ceca.**
ESCRIBANO	**Oficial responsable de los libros de entradas y salidas.**
GRABADOR	**El que esculpe o dibuja con incisión el metal matriz. Es una labor muy dificultosa, porque el artista grabador ha de realizar el dibujo invertido, para que una vez acuñado salga en su posición correcta.**
MAESTRO BALANZA	**Encargado de pesar los metales, antes y después de realizar la amonedación en la ceca.**

a la montaña deseando que el tesoro no fuera algo material que fomentara la codicia y la envidia sino que se transformara en vida, en pan para todos… y logró que de las piedras y arcilla brotara un manantial de abundante agua. Agua que volvió a regar la vega de Alcaine y a dar sustento a sus habitantes. Auténtico oro inagotable para futuras generaciones. El "manantial de oro" donde renació el río Martín y que, hoy en día, aún perdura y da vida.

Manantial Las Fuentes.

Bibliografía

BERRAONDO URDAMPILLETA, María Jesús, «Datos históricos de Alcaine y Obón», *Revista Teruel*, 87 (II). Teruel: Instituto de Estudios Turolenses, 1999.

ROYO LASARTE, José, *Alcaine paso a paso. Aproximación histórica*, Alcaine: Ayuntamiento de Alcaine, 1995.

Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Barcelona, Condado de Sástago, Pergamino n.º 1.

CORTES BAREA, E., «El Císter zaragozano en los siglos XII y XIV», *Revista Jerónimo Zurita,* 1978.

ESTAL GUTIÉRREZ, Juan Manuel del, *Itinerario de Jaime II de Aragón (1291-1327)*, Zaragoza: Instituto Fernando el Católico (C.S.I.C.), Col. Fuentes Históricas Aragonesas n.º 47, 2009.

Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Caja 1, n.º 225.

Archivo Municipal de Alcaine. Correspondencia oficial al Ministerio de Fomento, fechada el 12 de septiembre de 1877.

ROYO ORTÍN, Marco L., *La moneda en Aragón. La Edad Media*; en *http://www.numisma.es/MarcoLuis/Utilidades/4-ARAGON-EDAD_MEDIA.pdf*.

BOTET I SISÓ, Joaquim, *Les monedes catalanes*, Valencia: Puvill, Biblioteca Hispánica Puvill, Secció Numismática 6, vol. II, 1976 (edició facsímil).

Archivo de la Corona de Aragón (ACA), Real Cancillería, Registros, n.º 1.504, Título: Monetae-2, Años: 1350-1354, Pergamino 6-v.

ZULAICA PALACIOS, Fernando, «El món urbà a la Corona d'Aragó: del 1137 als decrets de Nova Planta», Barcelona-Lleida: Universitat de Barcelona. Publicacions i Edicions, XVII Congrés d'Historia de la Corona d'Aragó, 2003.

PASCUAL GUILLÉN, Manuel, *El saurio que vuela. Esos otros mitos, leyendas y tradiciones turolenses*, Zaragoza: Editorial Certeza, Colección Cierzo n.º 1, 2003.

Destiladores de espliego en Alcaine

M.ª Rosa Rodrigo

El espliego *(Lavandula latifolia)*, también conocido popularmente como lavanda, es una planta de tipo subarbusto de tallos leñosos, que puede sobrepasar el metro de altura y que crece de forma silvestre en terrenos secos de naturaleza calcárea y con buena exposición solar. Queda claro así que el terreno de Alcaine es un lugar ideal para su desarrollo. Aquí nunca se ha cultivado expresamente, sino que se ha aprovechado el que crece silvestre en muchos parajes del término. En verano florece llenándose de unas pequeñas flores de color celeste violáceo, muy aromáticas, que están agrupadas en espigas que alcanzan los 15 cm de largo. Esas espigas florecidas son la parte útil de la planta, de la que se obtiene el aceite esencial tan empleado con fines cosméticos desde la Antigüedad en perfumes y aguas de colonia.

En Teruel había muchas localidades en las que se explotaba esta planta para conseguir así una pequeña ayuda a la exigua economía familiar. Acabada la siega y la trilla, se aprovechaban los últimos días de agosto y el mes de septiembre para coger la faz y la zoqueta y recorrer el terreno para segar todo el espliego que se podía. Reunido en fajines, fardos o haces se transportaba hasta el hornal, en la albarda del macho o la burra (a veces desde más de tres kilómetros de distancia) donde el fuego conseguía extraer el valioso aceite aromático. Los mejores puntos para recolectar el espliego estaban en La Sardera, La Balseta, La Pedregosa, Las Sinseras, El Plano de Oliete, Las Villuendas y Benicozar. Cada localidad se ocupaba de buscarle salida a la mercancía de distinta forma. Así, en Utrillas y algún otro pueblo de las Cuencas Mineras llegaba en verano una furgoneta de color rosa, procedente del zaragozano municipio de Biel, que traía todo el equipo de destilación y compraba los fardos de espliego a las familias del pueblo. En

Obón ocurría otro tanto, al comprar el espliego los que acudían con la maquinaria. En Muniesa, un negociante de perfumes, Francisco Ruiz, llegaba en verano para hacer la extracción en un campo cercano y una vez recogida la esencia la enviaba en bidones a Sevilla para su transformación. En Josa, la destilación del espliego se hacía en un bancal situado encima del lavadero y se aprovechaba el agua del río para favorecer la condensación y separación del aceite esencial. En Escorihuela (donde se promueven desde hace tres años unas jornadas sobre el espliego) fue una familia andaluza (los Gayuberos) los que montaron la explotación para obtener esencia. En Blesa incluso se utilizaban los desechos secos del espliego como combustible para el horno de pan. En Alcaine, a través de un trabajador del vecino Cortes de Aragón se contactó con una empresa barcelonesa para la compra de la esencia que se obtenía en el pueblo.

Durante la década de los años 1960 del pasado siglo se realizó en Alcaine la elaboración de esencia de espliego. Era un trabajo laborioso. La mayoría de la población colaboraba, desde final de agosto hasta finales de septiembre, recogiendo y transportando las matas del espliego a la caldera, situada junto al río Martín en el paraje denominado La Rinconada. Cada kilo de espliego se pagaba a 2,50 pesetas (aprox. 0,015 €). Los encargados de extraer la esencia eran los alcaineses Agustín Royo Rodrigo y su esposa Joaquina Gascón Val.

La jornada laboral era de 12 horas y se llegaban a hacer tres calderas. El jornal era de 30 pesetas (aprox. 0,18 €). El proceso era muy laborioso. Las matas del espliego se metían en la caldera de hierro junto con 200 l de agua, que se transportaban a calderos desde el río o mediante una bomba. Al cocer el espliego, el vapor de agua salía por un tubo conectado a la caldera que transportaba la esencia y, en su discurrir por un tramo de ese serpentín o tubo (sumergido en una acequia y refrigerado por agua fresca), se decantaba y era recogida. De cada 400 kg de espliego se obtenían 4 l de esencia.

La esencia se metía en garrafas de cristal para subirla al pueblo. Allí se cambiaba a bidones de hierro de 200 l y se transportaba a Barcelona: el destino concreto era una fábrica de colonias que estaba situada en la calle Diputación, propiedad de Mauricio Carbonell.

El éxodo rural, la despoblación de los municipios y la competencia por el cultivo en grandes ex-

Mª Joaquina Gascón Val y Agustín Royo Rodrigo. *(Fotos: Archivo Municipal de Alcaine)* A la derecha, Agustín Royo en la Rinconada. *(Foto cedida por: Jesús Mariano Gil)*

Espliego *(Lavandula latifolia); (Foto: Manuel Val)*

tensiones del espliego en otros lugares fueron acabando con esta tradición.

En 2007, en el vecino pueblo de Torre de las Arcas se reconstruyó un antiguo horno, hecho a semejanza del que existía en Alcaine, gracias al recuerdo que de él tenía un alcainés que era el jardinero-cuidador del Centro de Interpretación de Flora del Parque Cultural del Río Martín existente en el pueblo. Ese horno se ha empleado en distintas ocasiones para extraer la esencia y recordar así ese oficio ancestral para que lo viva la generación actual.

La agricultura en Alcaine. Labor de la mujer

Manuel Val

(Foto cedida por: Miguela Tomás)

(Foto cedida por: Cipriano Gil)

Cuando se contemplan obras de arte sobre la agricultura, como, por ejemplo, *El segador* de Vincent Van Gogh o *Las espigadoras*, *El Ángelus* y *El sembrador* de Jean François Millet, el sentimiento estético, el bucolismo y el arrebato de belleza se apoderan del espectador. Sensaciones parecidas, sobre todo de emoción, se producen al escuchar jotas relacionadas con las faenas agrícolas, como *Los labradores*, *Las espigadoras*, etc. Incluso en la visión de fotografías, no muy lejanas, de personas de nuestro entorno segando en el campo o trillando en la era, prima el recuerdo agradable de tiempos pasados sobre la realidad, casi siempre cruda y difícil, en especial si se compara con la de otros lares. En efecto, bajo esta perspectiva idílica subyace el trabajo arduo, el esfuerzo costoso y hasta penoso en algunas ocasiones del proceso agrícola en su diversas vertientes. Evidentemente, en Alcaine, al vislumbrar la película de la obtención del pan desde la preparación de la siembra del trigo hasta la salida del horno y transporte a casa en las canastas, se ha hecho realidad la frase bíblica del Génesis: *«Ganarás el pan con el sudor de tu frente»*, haciéndose extensible

a cualquier parcela de la agricultura.

Está claro que en Alcaine la fuente principal de la economía, además de la minería y la ganadería, ha radicado en la agricultura, concretamente en la cosecha de la oliva, del azafrán, de la uva, de las hortalizas y fruta y, sobre todo, del cereal. En este artículo me voy a centrar en el proceso agrícola de este último, desde el punto de vista etnológico y con el análisis del papel de la mujer, abarcando un abanico de tiempo desde finales del primer cuarto de siglo XX hasta los años 1980 del mismo.

Se parte del hecho de que el motor de la agricultura en Alcaine no ha sido, en general, tanto el intercambio de mercado cuanto un medio de subsistencia o satisfacción de necesidades básicas de la vida, como el pan y la comida para animales, que posteriormente servirían de manutención para el hombre.

Dos características incidieron en la naturaleza y evolución de la agricultura y la empujaron hacia su práctica desaparición, a la vez que explican el retraso en los mecanismos de trabajo y la no asunción de la nueva maquinaria, alguna de bastante antigüedad. Por un lado, el terreno abrupto, de

(Foto cedida por: Mariano Adán)

(Foto cedida por: Cipriano Gil)

(Foto cedida por: Cipriano Gil)

mucho monte incultivable, de rocas por doquier, de enormes desniveles, de abundantes cabezos, de grandes dificultades para abrir vías de llegada a las zonas de cultivos y eras contribuía a que los campos, en muchas partes del término, estuvieran muy dispersos y lejanos entre sí y presentaran dificultades de acceso. Por otro lado, las posesiones estaban muy repartidas entre las familias y eran más bien escasas, lo que impedía que los agricultores invirtieran en maquinaria y, por consiguiente, obligaba a la aportación de la máxima mano de obra de cada núcleo doméstico, incorporando a la mujer a muchos de los trabajos del campo, además de los caseros. Esta necesidad de personas para el trabajo se incrementó en las épocas de penuria económica, como la posguerra civil, en las que era habitual que, incluso, muchos niños de 8 años en adelante abandonaran la escuela y se incorporaran al mundo del trabajo, bien de pastores, bien de labradores.

Se sabe que ya en el Neolítico (época en la que había hoces primitivas) aparece la agricultura en Oriente en el 6000 a.C., haciéndolo en España en el 3000 a.C. Parece que en esta época ya había hoces y trillos de piedra, existiendo igualmente el arado. La Edad Antigua marca el comienzo de la utilización de hoces de metal (1000 a.C.). Asimismo se constata que en la Edad Media funciona la guadaña de mango largo y que los romanos intentaron construir la primera segadora. En la Edad Moderna, se puede ubicar el nacimiento de la sembradora. Sin embargo, el paso más importante se da en la Edad Contemporánea, en la que, además de la utilización de muchos instrumentos de siega como guadañas, hoces, horcas, rastrillos, etc., aparece la primera segadora del presbiteriano escocés Patrick Bell, utilizada en la granja de su padre en 1828. Era empujada por caballos y el corte se realizaba mediante tijeras. El estadounidense Obed Hussey creó en 1833 otra más perfeccionada con diseño de arrastre, hasta que apareció un año más tarde la de McCormick, con todos los elementos esenciales de las máquinas modernas, siendo industrializada y comercializada a gran escala. Las cosechadoras actuales datan de la segunda mitad del siglo XIX, aunque en España entraron más tarde. También de estas fechas es la invención del tractor (primero movido por tracción animal, después por motor de vapor y finalmente por motor de gasolina). Anteriormente se pa-

sa por la fase de las trilladoras y aventadoras.

Este breve esbozo histórico ayuda a comprender la situación agrícola de Alcaine y su proceso casi estático en la mayoría de los casos, mientras la agricultura fue una de las partes del "modus vivendi" de su población. Por eso, el presente artículo se va a ceñir al sistema de producción agrícola tradicional de la siembra, siega y trilla con el objetivo de la recuperación de un recuerdo.

LA LABRANZA

El primer paso anterior al resto de labores consistía en la **labranza**, que es la que otorgaba el nombre de la profesión: ***labrador*** en vez de agricultor. Así se evoca en las canciones populares: *«Labradorcico lo quiero / que venga del campo tarde / con las alforjas al hombro / y la cara de vinagre»*. Este texto confirma que labrar era función de hombres, no habiendo datos de que en Alcaine existieran mujeres labradoras, salvo en el caso de M.ª Rosa Gracia, de los *Pelaires*, que quedó viuda.

Cuando se iba acabando el invierno, se roturaba el campo por primera vez a modo de preparación con el **arado** *(aladro)* y la **reja** o la **vertedera**, llegando a la mayor profundidad posible. A esta acción de dar la primera vuelta a la tierra se le denominaba *mover* el campo o hacer el *barbecho*. Se realizaba con el arado, que es una herramienta de hierro, al que se aplicaba la reja (puntiaguda) para abrir el surco o la vertedera (ovalada) para voltear la tierra y cambiarla de lugar. El arado era tirado por caballerías, generalmente machos o mulas y, alguna vez, por caballos o burros. Se sujetaba al yugo *(jubo)* uncido *(juñido)* a las caballerías que llevaban las **colleras** (aperos en forma de "u", de piel rellena de lana, que eran fabricados por albarderos venidos de La Hoz de la Vieja y de Obón, y que se colocaban con la abertura hacia abajo en el cuello de las caballerías).

Si se disponía sólo de una caballería, la solución tenía dos vías. Algunos se juntaban con otro de su misma situación, juntaban los machos y alternaban los días de labranza. Esto se llamaba *coyundar*. Otras veces, el arado se adjuntaba al animal mediante la **poligana**, que eran dos palos gruesos de madera que se sujetaban a un sillín puesto en la collera. El labrador tenía la función de guiar a los animales y de mantener, manipular y dirigir el arado, apoyándose en la **esteva**, de madera o de hierro, elemento posterior que ya exis-

tía en el arado romano. En algunas ocasiones se empleaba un aparato con dos ruedas que se aplicaba a la parte trasera del arado y mitigaba el peso *(carretillo)*.

Tras permanecer un tiempo la tierra movida y expuesta al sol y al aire, se araba por segunda vez en las cercanías de San Juan, usando una reja más ancha para abarcar más tierra. Recibía el nombre de binar o *mantornar*. Si era necesario dar una tercera mano, se llamaba *terciar*.

LA SIEMBRA

El mes propicio para iniciar la **siembra** era septiembre, como reza el refrán: *«Al septiembre, el que tenga trigo que siembre»*, mientras que al comienzo de noviembre, tenía que estar concluida. *«A Todos Santos siembra tus campos, secos o blandos»*.

Previamente se procedía a echar estiércol curado *(femar)* de los ganados de ovejas o cabras. El *fiemo* se transportaba desde los corrales a los campos en *serones* de esparto (hechos por seroneros o por amos) cargados en caballerías. Para que no rozaran a los animales, se separaban con una manta o con el **guardalomos**, también de piel y lana y elaborado, al igual que las colleras y la albarda, por el albardero. Unos lo esparcían poco antes de sembrar, otros al mover la primera vez. Quien podía económicamente apoyaba con abono comprado.

La siembra consistía en tirar la simiente al vuelo, a mano. Para ello el sembrador tenía que *amelgar*, es decir, marcar con mielgas o señales las filas separadas unas de otras alrededor de ocho o nueve pasos con la finalidad de repartir regularmente la simiente para que el cereal saliera con uniformidad. Las semillas se llevaban en un saco atado con una cuerda por dos extremos al *cugullón* (cono o esquina inferior) y al *morro* (boca) y colgado en el hombro. Con una mano se sujetaba el saco y con la otra se esparcía la simiente. Había un orden de siembra de los cereales: el **centeno** *(morcacho)*, la **cebada**, el **trigo** y la **avena**.

Una vez echada la simiente, se labraba otra vez. Después se atablaba, siendo conveniente pasar pronto la *tabla* por la tierra para que no se oreara *(joreara)* y secara.

Tampoco hay constancia de que las mujeres de Alcaine fueran al campo a sembrar los cereales, excepto el caso ya mencionado de M.ª Rosa Gracia.

LA ESCARDA

La **escarda** era la operación de eliminar los cardos y las malas

(Fotos: Manuel Val)

Carretillo.

Tiratrillas y trilladeras.

Horcas y palas.

Cribas.

Dalla.

hierbas, como los ababoles, que habían nacido entre los cereales. Otro refrán ilustra que convenía hacerlo tarde, en mayo, para que no volvieran a salir: *«El que escarda en abril, de cada cardo salen mil»*. Esta sí que era tarea específica de las mujeres y hasta de los chicos. En algunos pueblos no lejanos, como Muniesa o Blesa, los agricultores ricos contrataban tajos de mujeres *(escardaderas)*. Se empleaba para este menester un *falcino* (hoz pequeña, generalmente hecha de las grandes o normales cuando se gastaban) y una rama terminando en dos bifurcaciones, que se llamaba *horcacha* (vocablo constatado en Blesa; en Alcaine se ha confirmado el instrumento, aunque no el nombre).

LA SIEGA

Antes costaba criarse la cosecha medio año o más. Se notaba la madurez cuando los cereales cogían color amarillo, pero sin pasarse, sin estar secos del todo porque si no se desgranaban. El mes de junio era el propicio para comenzar la **siega**. *«Para San Juan la hierba se vuelve pan»* indica que ya comienzan a granar los trigos. Totalmente ilustrativo es otro refrán: *«En junio la faz en el puño»*. Y un tercer dicho muestra que la cebada debe estar cortada ya en este mismo mes: *«Para San Pedro tenían que estar segadas las cebadas»*.

Se segaba con la **hoz** (*faz* o *fal* en otros lugares, como Belchite) en la mano derecha y se recogía la mies con la izquierda protegida con la **zoqueta**. La hoz, con diversidad de tamaños, consta de una hoja curva de metal metida en un mango de madera. La parte del corte presenta unas pequeñas entalladuras que forman una especie de dientes. Aunque había algunos que no las afilaban, otros lo hacían cuando venían los afiladores profesionales. El mango de madera termina en un saliente triangular, que facilita la sujeción. La zoqueta era una pieza hueca de madera con un agujero de ventilación en el extremo. En ella, sujeta a la muñeca izquierda con una cuerda, se introducían los tres dedos de la mano que iban por debajo (corazón, anular y meñique), como método de protección de los cortes del filo. Con la mano derecha se conducía la hoz, llevándola hasta la parte inferior del tallo, para lo que había que doblar el cuerpo por la cintura. Era tarea dura, máxime, cuando se trabajaba con el reloj solar. *«Quien inventó la costumbre / de estar segando todo el día / o tenía muchos campos / o muy poca picardía»*, rela-

ta el dicho. La misma época veraniega calurosa incrementaba el esfuerzo, asumido por los protagonistas, como narra esta jota: *«Cuando vuelvas de la siega, / asómate a la ventana, / que a un segador no le importa / que le dé el sol en la cara»*.

La siega con hoz era tarea conjunta de hombres y mujeres, entre los que se establecía cierta competencia, pues algunas mujeres llevaban fama de rendir igual o más que bastantes hombres, ya que no contaba sólo la fuerza sino la rapidez y la habilidad. En Alcaine prácticamente la totalidad de las mujeres iba a segar, haciendo honor a la antigua jota: *«Segadora, segadora, / aborrecida te ves. / Todo el día en el rastrojo, / ni agua puedes beber»*. O se conformaban con la esperanza de sombra: *«Segadora, segadora / no temas al calor, / que luego saldrá una nube / y en ella se pondrá el sol»*.

Cada manojo que cabía en una mano se llamaba *arcada* o *alcada*. Los mejores segadores eran los que las hacían más grandes, sujetando la mies dando vueltas con la mata *(revueltilla)* para no tener que ir tanto a dejarlo en el suelo y formar la **gavilla**, compuesta por cuatro arcadas. Las gavillas permanecían en tierra hasta que, con cuatro más o menos, se hacían los **fajos**, siendo costumbre en Alcaine hacerlos bastante grandes. Llevar las gavillas era labor de mujeres, chicos y chicas. Una vez aportadas éstas, el atador procedía a juntarlas, disponiéndolas encima de la cuerda *(vencejo)* con espigas hacia los dos lados para que el fajo quedara equilibrado. Después, apretaba la mies con la ayuda de la rodilla y la ataba con soguetas o **fendejos** (*vencejos*) de distinto material (esparto, paja de morcacho o comprados). Atar era de hombres, ya que requería fuerza.

Aunque el sistema tradicional y mayoritario para segar se basaba en la hoz, posteriormente se fue introduciendo la **guadaña** o **dalle** *(dalla)* en bastantes casos. La dalla estaba compuesta por la **hoja** terminada en punta, por el mango de madera con dos salientes en el centro y en el extremo para agarrarlo con las dos manos y por un **rastrillo** también de madera, incluso los palos. La hoja o cuchilla se acopla a la madera introduciéndose en un pequeño hierro (**viruelo**) que rodea al mango y que se ajusta con una cuña también de hierro (**falca**). El acoplamiento del ángulo de la hoja dependía de la densidad de los cereales, cerrándolo si las matas estaban muy juntas

bastaba para abarcar menos espigas y, por el contrario, abriéndolo si estaban más claras. El rastrillo se une con un tornillo y tuerca, y se coloca en posición vertical con respecto a la hoja y al mango.

El dallador prende la dalla con la mano derecha en el agarre de medio y la izquierda en el del extremo, llevando el mando la derecha y marcando el movimiento de todo el cuerpo hacia la izquierda, a la vez que se avanza hacia delante. Se consideraba buen dallador al que cortaba más ración de cereal y dejaba la fila o **remo** más ordenado. El buen funcionamiento y mayor rendimiento de la dalla exigía el **picado**, que consistía en dejar el filo regular y sin imperfecciones dándole martillazos sobre un yunque, siendo normal hacerlo dos veces cada día. El picado se completaba con el **afilado,** mucho más frecuente, de las dos partes del corte**.** Se realizaba con la **piedra**, que se llevaba en el **cazolete** (recipiente metálico estrecho y alargado), que contenía algo de agua e iba colgado en el cinturón.

A la vez que el dallador cortaba la mies, otra persona, que solía ser hombre o mujer la recogía con un **rastrillo** de púas de hierro formando gavillas con destino a fajos de la misma manera que sucedía en la siega con hoz.

ENFAJINAR

Una vez atados los sacos, se pasaba a **enfajinar**, faena consistente en amontonar los fajos, empezando por capas de más a menos. En la parte inferior se colocaban 5 unidades de frente por 3 de lado. En medio, 5 por 2 y arriba 5 por 1. Este era el número normal de fajos, a cuyo conjunto total, treinta, se le denominaba *fascar* (fascal en la zona de Belchite). El montón formado recibe el nombre de **fajina**, que se constituía precisamente para facilitar la labor de carga y para proteger el cereal hasta que se condujera a la era. Para ello, la fajina se colocaba en un lugar accesible para el transporte y dificultoso para la anegación y daño de aires fuertes, rodeándola totalmente con un pequeño montículo o ribazo *(agüero)*. Permanecían en el campo hasta finalizar la totalidad de la siega, secándose la mies por completo con la exposición al sol.

EL ACARREO

Cuando las eras estaban preparadas y libres, se empezaba a **acarrear**, es decir, a transportar los fajos desde la fajina del campo a estas. Se hacía con ca-

ballerías, provistas de la **albarda** *(baste)*, que iba sujeta con **cinchas**, en la que cargaban, atados con las dos **sogas** a las **samugas** (palos con salientes para sujetar). En Alcaine, como los fajos eran grandes, se colocaban 4 o 6 cada viaje. En cualquier caso, la carga dependía del tamaño de los fajos, de la maña del cargador o de la resistencia de la caballería. Era obligado que los fajos estuvieran bien dispuestos y atados porque la distancia era casi siempre larga y los caminos dificultosos, con abundantes pendientes y desniveles.

Como el acarreo llevaba implícito el cargar y descargar, dependientes de la fuerza física, se reservaba a los hombres. Sólo se recuerda que ejerciera esta función una mujer, Dolores Romeo, la *Motola*.

LA TRILLA

Las **eras**, espacios circulares, eran mayoritariamente de piedras hincadas en el suelo. Algunas, de tierra. La primera labor, antes de llegar el acarreo, se centraba en la preparación de las mismas. En las empedradas, se limpiaban las impurezas y se quitaban las hierbas, siendo tarea de mujeres y niños. En las de tierra, se echaba paja encima, se mojaba y se

(Fotos: Manuel Val)

Escobas de eras.

Falcino y horcacha.

Hoces y zoquetas.

pasaba el **rulo** de piedra *(rollo)*, arrastrado por caballerías, para endurecerla. Al lado de las eras, que en algunos casos eran compartidas por varios vecinos, se ubicaban los **pajares**, lugares para guardar la paja, que disponían de varias estancias y que se convertían en viviendas de verano. Era costumbre de muchas familias casi trasladar la residencia a los pajares durante los meses de siega y trilla, dada la gran distancia del pueblo. Allí se trabajaba, comía y dormía encima de un *cobertor* (especie de manta) que servía de aislante de la paja. Incluso las gallinas se transportaban a los corrales de los pajares y en menor medida, el tocino. Algunos grupos de pajares formaban auténticos pueblos, como la Fuente y el Tural, que reunían muchos edificios y personas. Estos dos complejos de eras, por ejemplo, y los campos colindantes distaban del pueblo aproximadamente 7 km o el equivalente a más de 2 horas a pie, con el agravante de ser los caminos dificultosos y con cuestas muy empinadas, como las de acceso al pueblo. Otras eras, como la Balseta o Val del Pino se encontraban a 4 km, mientras que muy pocas, como las de las Canales, la Rinconada, las Eras, La Costera del Fraile, Las Fuentes o los Royales presentaban una cercanía aceptable, no habiendo en el pueblo ninguna.

La vestimenta, aun con diferencias individuales, tanto en la siega como en la trilla, guardaba cierta uniformidad. Los hombres llevaban pantalones, camisa de manga larga (remangada), manguito de cuero, sombrero de paja y, como calzado, albarcas o abarcas. Las mujeres lucían falda bastante larga y con vuelo, camisa, blusa o chambra de manga larga, manguito, sombrero más ancho que el masculino y alpargatas.

Por supuesto, se comía en el campo y en las eras. Durante la siega abundaba la conserva, aunque también se encendía fuego para guisar patatas con conejo o costillas de cerdo, mientras que en la trilla se cocinaba de todo, sin faltar las judías secas con tocino en puchero. Fiel acompañante de las tareas agrícolas era el botijo, para el que se buscaba sombra en las casillas o se hacía un pozo en tierra. Tampoco faltaba la gaseosa de papel y la bota de vino.

Con la era de piedra limpia y la de tierra dura, se traían los fajos de mies, se esparcían por ellas, se desataban y se *echaba la parva*, esto es, se extendían los fajos con la ayuda de **horcas**

de madera de latonero *(allondero)* hechas a mano y traídas, sobre todo, de Almonacid de la Cuba. En echar la parva colaboraba toda la familia y, por supuesto, las mujeres.

A continuación empezaba uno de los momentos míticos de todo el proceso agrícola: la **trilla**. Consistía en dar vueltas y vueltas con el **trillo** por encima de los cereales para machacarlo y cortarlo. El trillo es un instrumento de madera horizontal, un poco elevado en la parte delantera. Se distinguían tres clases de trillo por los elementos cortantes de la parte inferior. Los más abundantes llevaban incrustadas en la madera **piedras** de sílex o lascas de pedernal y otros mezclaban las piedras con **sierras** metálicas. Se sabe que escasamente había uno de **cilindros**, concretamente de Ángel Villuendas. El trillo era arrastrado por dos caballerías, a cuyos **collerones** iba unido mediante las **trilladeras** (soga y cincha estrecha) que enlazaban con las anillas de metal de un **tiratrillos** (palo de madera), que, a su vez, se unía al trillo con gancho metálico. Las caballerías eran guiadas por una persona, montada en el trillo de pie o sentada en una silla, que llevaba en una mano el **ramal** de las caballerías y en la otra un **látigo**. La acción de dar vueltas con el trillo se denominaba *tocar*. El trillador debía estar atento para que no se amontonara *(llegara)* la mies, dejando huecos y asimismo a las necesidades corporales de los machos, llevando una **espuerta** de mimbre para recoger los excrementos *(moñigos)*. De vez en cuando, sin parar el trillo, otras personas daban la vuelta a la parva por trozos, tarea denominada **contornar**. La trilla era misión de toda la familia desde el abuelo hasta los nietos, no estando exentas las mujeres.

Tras muchas horas de trillo, cuando el cereal estaba suficientemente cortado y separado el grano de la paja, se paraba. Entonces seguía el acto de **recoger** la parva con **barrastros** (tabla unida a un palo), horcas y seguidamente se barría con **escobas** de plantas de *ontina (Artemisia herba-alba)* y *cañaladro (Centhaurea aspera)*. Se formaba el **montón** en el centro de la era. También colaboraba el grupo familiar, aunque las más expertas con las escobas eran las mujeres.

Para **aventar**, echar la mies a voleo para que el grano descendiera y se quedara en el montón y la paja se ladease a otro lugar, se necesitaba que corriera algo de aire, como se desprende del

dicho: *«Aventar sin aire y regar sin agua, cosa imposible»*. En efecto, con monotonía, pero con elegancia y garbo, se lanzaban repetidamente porciones de la mies al viento, al principio con las **horcas** de madera y después, cuando la mies era más densa por el dominio del grano, con las **palas** del mismo material, hasta que se separa el grano, que caía vertical por su peso, de la paja, que el viento apartaba. Levantaban los brazos hombres y mujeres por igual.

Como permanecían impurezas junto al grano, restaba todavía el acto de **cribar** (*porgar* o *gribar*), que consistía en colar el cereal para que saliera totalmente limpio por las **cribas** o **areles** *(gribas)*, que tenían tres medidas de agujeros o ranuras. La clara con agujeros grandes eliminaba las granzas y trozos de tallos leñosos, la espesa con pequeños para separar la paja restante y el **porgadero** como una tela de mosquitera muy fina, que, en sentido inverso, separaba el tizón o simientes minúsculas. El *porgar*, con gran contorneo de las caderas, se reservaba a las mujeres.

Una vez aventada y cribada la mies, la paja se guardaba en los pajares y el grano se introducía en las **talegas** para iniciar otro viaje a los graneros de las casas del pueblo.

La cebada, el centeno y la avena, en grano o molidos se destinaban a **pienso** para los animales. El trigo, convertido en harina en el molino, era amasado por las mujeres y el horno lo transformaba en **pan**, sin olvidar los afamados **roscones** de las fiestas de San Agustín: 27 (víspera), 28 (fiesta mayor) y 29 (abuela) de agosto, que marcaban el fin de la trilla.

Aunque no coincida con el avance de los tiempos, la situación agrícola del Alcaine auténtico terminó con la hoz y el trillo. El final de la década de los años 1960 marcó el declive y, por lo tanto, el camino hacia la desaparición de la actividad manual de siega y trilla, aunque el último vestigio de una sesión de trillo data de los años 1980 con José Gil, el *Tuerto*, cuando en la mayor parte de Aragón desapareció la función del trillo y las eras en 1930. Así, se puede afirmar, concluyó la historia de la preparación, trabajo y recogida de la cosecha en Alcaine.

El resto son casos aislados y excepciones. Así, parece ser que antes de la Guerra Civil, Manuel Candial, el *Batanero*, trabajó por El Tural con una segadora-gavilladora, que por los años 1960 entró alguna aventadora de Cortes de Aragón, que a mediados de

los años 1960 José Quílez, el *Escobedo*, y Ángel Villuendas tuvieron otra cada uno, y que Cipriano Gil fue el propietario local del primer tractor de campo en 1985. Pero más cierto es que la mecanización generalizada no llegó hasta que no se produjo el éxodo a las grandes ciudades, concretamente a Zaragoza y Barcelona, al ser alquiladas las tierras por agricultores de Lécera y Oliete, y Muniesa. De hecho, la primera cosechadora de propietarios alcaineses que ha operado en Alcaine ha entrado de la mano de Gregorio y Emilio Quílez en 2007.

Creo que, con la distancia de los años, estamos capacitados para comprender el trabajo y el sufrimiento invertido en nuestro pueblo para poder vivir. Si, cuando paso por algunas localidades, veo monumentos a los labradores, levantados con arados y me emociono, más se ha removido mi corazón al escudriñar entre los arados, hoces y trillos de mi pueblo. Por eso, ofrezco este artículo como reconocimiento, recuerdo y homenaje a nuestros antepasados, abuelos, padres, tíos, hermanos y, sobre todo, a nuestras abuelas, madres, tías y hermanas.

NOTA: Este reportaje ha sido posible gracias a las experiencias personales de mi niñez y adolescencia y a las informaciones de Miguel Carrillo, Dolores Pomar, Manuel Tomeo, Melchor Belenguer, Jesús Quílez, Lucas Muñío, Felipe Arnal, Cipriano Gil, María Peña, Eduardo Quílez, Gregorio Quílez, Emilio Quílez y Museo Etnológico de Belchite. Gracias a todos ellos.

Trillo.

Horca y gancho de femar.

(Fotos: Manuel Val)

Alcaine: tierra de acogida. Exiliados políticos de la posguerra

Mercedes Gascón

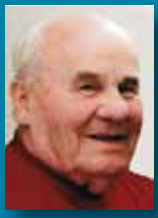
En el año 1940 llegó a Alcaine la primera familia de desterrados políticos procedente de Siruela (Badajoz): la familia Santos, conocidos como "los cantareros". Un año más tarde Alcaine acogía a la familia Fontanillas, originaria de Esparreguera (Barcelona). Finalmente, en el año 1942, la familia Casellas dejaba Olesa de Montserrat (Barcelona) para refugiarse en nuestras tierras, cumpliendo así su destierro político.

En las entrevistas anteriores hemos podido descubrir cómo vivieron esta experiencia las familias Santos y Casellas. En este número serán José Fontanillas junto con sus amigos de Alcaine quienes nos relaten cómo recuerdan aquellos momentos y las experiencias vividas.

José Fontanillas vive desde el año 1960 en Brasil, país al que emigró con toda su familia: su esposa Paz Val Gracia (hija de Alcaine de la familia de las *Churras*), sus tres hijos (Luis, José Antonio y M.ª Ángeles), sus siete nietos y sus cuatro biznietos, y con la familia de su hermano Vicente. Nos indica que sus otros dos hermanos han fallecido. Cuando le pregunto qué recuerda de los años vividos en nuestro pueblo es curioso descubrir que, a pesar de haber olvidado datos y hechos concretos, el sentimiento de gratitud, cariño y nostalgia por las gentes con las que compartió siete años de su vida permanecen intactos.

Pedro Fontanillas, mecánico de profesión, y María Vila, tejedora, llegaron a Alcaine en el año 1941 con sus tres hijos: Juan, José y Vicente. Como era habitual, el viaje lo efectuaron en tren hasta Muniesa y un camión de la mina los trasladó desde Muniesa hasta Alcaine, donde les esperaba una gran aventura: conocer nuevas gentes, nuevas costumbres, un entorno físico muy diferente del

(parte III)



José Fontanillas

que procedían y un nuevo trabajo en la mina, al que se incorporarían el padre y los hijos nada más llegar. Vivieron alquilados en la casa de la *Tía Inés*, situada en la calle de la Morera número 11.

A pesar de todas las dificultades, José nos explica la buena acogida que tuvieron: *«Todos se preocupaban para que no nos faltara de nada y se ofrecieron a ayudarnos. En poco tiempo era uno más de la cuadrilla de los chicos de mi edad, que me trataban como si siempre hubiera sido del pueblo. No recuerdo todos sus nombres, pero de los que nunca me olvidaré es de mis dos mejores amigos: Juan Manuel Gil y Francisco Muniesa el* Marianete.*»*

Sus amigos me explican que cuando llegaron lo primero que les llamó la atención es que entre ellos hablaban otro idioma que no entendían. Cuando iban a buscar a José o a Vicente, su madre siempre les decía: *«Posa't els calçotets i els mitjons».* Al cabo del tiempo descubrieron lo que significaba esa frase: *«Ponte los calzoncillos y los calcetines».* Me relata que a los niños del pueblo les gustaba ir a visitar su casa porque habían domesticado a una zorra, que pronto recibiría el nombre de "la zorra del tío Fontanillas". Pero la zorra pasó a mejor vida el día que se comió siete gallinas que andaban sueltas por las calles.

Otra curiosidad que recuerdan sus amigos es que no lograban convencer a José para que se bañara desnudo en el pantano, costumbre habitual entre los mozos del pueblo. *«Él lo hacía vestido y después tenía que ir con la ropa mojada todo el día»*, comentan.

«A José y a sus hermanos les gustaba mucho la caza y en sus ratos libres iban a cazar junto a sus perros Ràpit y Quina. Iban sin escopeta, pero tenían "olfato de perro" y no se les escapaba nada. Sus perros eran excepcionales y

José Fontanillas, con camiseta y calzón oscuro.

lo único que tenían raro era el nombre. Pero cuando fuimos a vivir a Barcelona y aprendimos el catalán, nos dimos cuenta que Ràpit significaba "rápido". Y el perro hacia honor a su nombre.»

José Fontanillas, que fue dos veces Premio Nacional de Carreras Pedestres, me explica que su afición a correr surgió en Alcaine, gracias a las carreras que se efectuaban en las Fiestas de San Agustín. Comenta, que la primera vez que corrió en una de esas carreras creía que nunca iba a estar a la altura de los otros corredores, pensaba que corría mucho más despacio, pero lo intentó y llegó de los primeros. Recuerda la palabras de su padre que le decía: *«Corre, corre mucho y no te dejes ganar, hasta que se te quemen los pies»*. En poco tiempo nadie podía ganarle. Iba junto con Valentín el *Sidro* a las carreras de Obón, Muniesa, Alacón y el resto de los pueblos de los alrededores. *«Como siempre ganaba, cuando se enteraron los corredores de los pueblos de alrededor que no era de Alcaine, querían poner una norma de que sólo corrieran los nacidos en el pueblo, pero no lo consiguieron»*, relatan los amigos. Poco a poco, fue corriendo en carreras más importantes en Zaragoza, Barcelona y otras ciudades de España, en las que participaban corredores de otros países de Europa. José dice: *«Sin ser de nacido en Alcaine siempre decía ser corredor de Alcaine, y ¡con mucho orgullo!»*. Comentando la fotografía en la que aparece corriendo con Valentín nos dice: *«Aunque aparezco en segundo lugar en la fotografía llegué el primero en esa carrera»*.

José Fontanillas, vencedor de la carrera.

Algunos compañeros me explican que, después de una dura jornada laboral, José se iba corriendo desde la mina hasta la Dehesa, una distancia de unos diez kilómetros. Rosa la *Marianeta* me habla del gran corazón de José: *«Estaba esperando el vestido que me enviaban de Barcelona para hacer mi primera comunión. Éste no llegaba y me dijeron que el paquete lo habían dejado en Montalbán. Como ya no daba tiempo para ir a buscarlo, José arrancó a correr río arriba, fue hasta Montalbán y me trajo el vestido. Gracias a él, que era muy amigo de mi hermano, pude hacer la primera comunión. Eso nunca se me olvidará.»*

José Fontanilla me explica que como no había un transporte rápido y fijo en el pueblo, cuando surgía algún problema urgente recurrían a él para hacer de emisario. *«Un día un macho se estaba muriendo y como en Alcaine no había veterinario me pidieron que fuera a buscarlo a Obón. Fui corriendo lo más rápido que pude. Al volver, el veterinario iba en su moto y yo a su lado corriendo y llegamos a tiempo para salvar al animal»*, comenta.

José Fontanillas con familia y vecinos de Alcaine.

Abajo, la casa (izquierda) donde vivió la familia Fontanillas.

Excepto el hermano mayor, que ya vino casado a Alcaine, José y Vicente se casaron con dos hermanas de la familia de las *Churras*, Paz y Joaquina. Vivieron en Alcaine hasta cumplir sus años de destierro. Una vez acabado ese período, a su padre le ofrecieron trabajar en la que era su profesión, mecánico, y dejaron el pueblo. José se quedó hasta que finalizó el período de servicio militar, trabajando en las minas. Después retornó a Esparraguera donde se ganaba muy bien la vida. José y Vicente decidieron volver a vivir una nueva aventura y hacer fortuna en Brasil, donde residen.

A pesar de su avanzada edad, en sus viajes de visita a España, acostumbra a dedicar un poco de tiempo para acercarse al pueblo en el que vivió su juventud. *«Siempre les hablo de los buenos recuerdos que tengo de Alcaine a mis hijos, nietos y bisnietos. Les cuento mis aventuras y de cuando íbamos a cazar con mi cuñado Pascual, el único que tenía escopeta de la familia».*

José, nosotros también te seguimos recordando y te agradecemos que hayas llevado el nombre de Alcaine en todas tus carreras y a todos los lugares donde has vivido. Gracias.

Buitre leonado en Alcaine. *(Foto: Esther Amigó)*

EL BUITRE LEONADO *(Gyps fulvus)*

Esther Amigó

El buitre leonado es una rapaz carroñera de gran tamaño, con una longitud de entre 96 y 110 cm y de una envergadura de entre 250 y 280 cm. Es una ave diurna. Su plumaje es por entero de color pardo claro, excepto las plumas primarias de las alas y la cola que son negras. Su rasgo principal lo constituye su cuello "pelado", someramente recubierto de un fino plumón blancuzco. La gorguera o collareta no le recubre el cuello, sólo la base de éste. En los jóvenes, esta collatera es ocrácea, en lugar de blanca como en los adultos.

En Alcaine es fácil verlos. Conviven desde siempre con los habitantes de este precioso pueblo; no es necesario usar prismáticos, levantando la vista se les ve planear por encima, como vigilantes que observan incansables todos los detalles que aquí suceden.

Alcaine es un hábitat ideal para estas rapaces, rodeada de acantilados rocosos a orillas del río Martín, con infinidad de repisas en sus paredes para poder anidar y desde allí lanzarse planeando, sin ape-

nas movimiento en sus alas. Aprovechando las corrientes de aire, para buscar lugares inaccesibles y “Alcaine los tiene”. Su accidentada orografía que ha sido erosionada por el cauce del río a través del tiempo, ha creado un paraje perfecto para vivir y no ser molestados.

El buitre se alimenta especialmente de carroña, su potente vista localiza cualquier cadáver desde mucha altura y una vez divisado, desciende de forma muy rápida para alimentarse. Dada la escasez de alimentos, las carroñas dejadas por los pastores han constituido tradicionalmente una parte importante de la dieta de este animal.

Los buitres entran en período de celo durante los meses de diciembre a abril; en este momento se forman parejas estables y en este período de reproducción ponen un solo huevo, que incuban durante unos dos meses aproximadamente, proceso en el que se alternan el macho y la hembra. Posteriormente, también se turnan para dar de comer al polluelo, que tiene un crecimiento bastante lento y necesita una cantidad de alimento constante para no morir de inanición. Las crías empiezan con sus vuelos sobre el mes de julio, pe-

Zona de descanso del buitre, mirando desde una repisa. A la derecha, pollo de buitre en su nido. *(Fotos: Manoli Tena)*

Arriba, curso del río Martín con infinidad de acantilados rocosos. A la derecha, fases de aterrizaje de un buitre. Abajo, buitres en los alrededores del pueblo. *(Fotos: Esther Amigó)*

ro siguen cerca del nido durante una temporada hasta que creen que ya se pueden independizar. Empiezan a aparearse a partir de los cuatro o cinco años.

Les emplazo a que con paciencia busquen un buen lugar para observar a estas preciosas aves; los hay muy atrevidos, que se acercan tanto que casi parece que alargando la mano se puedan tocar sus alas. Podrán sacar preciosas fotografías de los buitres y sus crías, observar con sus prismáticos detalles preciosos de sus vuelos, escuchar el viento entrecortar las crestas y las cumbres, sentir el sol en la cara y observar, desde allí, porque se instalaron esas aves hace ya tanto tiempo, por qué no emigran y se han quedado. Como hacemos muchos de los que un día conocimos Alcaine y ya no nos hemos ido.

Dionisio Serrano Mormeneo

LA CAÑA COMÚN
Una planta infravalorada

Si en los dos números anteriores se trató, en esta sección de flora, sobre plantas aromáticas (té de roca y romero), ahora le toca el turno —merecido— a una planta herbácea que tuvo una importancia crucial en la vida de nuestros antepasados: la caña común *(Arundo donax)*, minusvalorada en la actualidad. Aunque quizás le espera un futuro prometedor, ya que es una firme candidata a biocarburante, pues produce metanol, gracias a su fácil cultivo, alta productividad, capacidad de crecimiento en diferentes tipos de suelo y condiciones climáticas, no necesitar aporte de fertilizantes y tener un ciclo de cultivo de hasta 25 años sin necesidad de replantación.

La caña común, la mayor de las gramíneas de la región mediterránea, es una especie de planta herbácea perenne perteneciente a la familia *Poaceae*. Alcanza hasta 6 m de altura, posee tallo leñoso grueso y hueco, con hojas largas de 5 a 7 cm, anchas y un tanto ásperas, que envuelven el tallo en forma de láminas. La floración, que se produce a finales del verano y en otoño, se manifiesta en una gran panícula de plumas de 40 a 60 cm. Cada espiguilla tiene una o dos flores. Las cañas crecen en grandes colonias de varios kilómetros, a lo largo de ríos y acequias o donde se acumula humedad, en zonas templadas; necesita suelos húmedos y se extienden por sus rizomas, que penetran profundamente en el suelo hasta 1 m de profundidad. Las hojas contienen una variedad de productos químicos nocivos, incluyendo la silicona y varios alcaloides, que la prote-

gen de la mayoría de los insectos herbívoros y disuaden a la fauna de comérsela. Los animales de pastoreo en Alcaine como vacuno, ovejas y cabras se comían las hojas, sólo en los meses de invierno, ya que en el verano no se les dejaba entrar a los cañares. La caña se defiende muy bien del fuego echando rizomas que rebrotan rápidamente, así como de las inundaciones, colonizando aguas abajo. Está incluida en la lista de las 100 especies exóticas invasoras más dañinas del mundo (procede de Asia). Sirve de protección a la fauna, al ser numerosas veces la única vegetación densa disponible. Muchas especies de aves, anidan o duermen en los cañaverales (a veces en Alcaine, incluso, buscan allí refugio jabalíes, zorros y tejones).

La caña ha sido una planta muy útil para el labrador por lo poco que cuesta su cultivo y sus múltiples usos, sobre todo en la agricultura y la construcción. En el siglo pasado había cañas en diversas zonas del territorio de Alcaine, quedando hoy reducida a la ribera del río y la huerta. En el monte se plantaba en los barrancos para retener el agua de las lluvias, estando presente en la Peña el Gato (los *Ciprianos* tenían un buen cañaveral), barranco de

Lámina de la caña común *(Arundo donax)*.

Estercuel, en la Caña Cortes, en el Corral de Solé (el *Tío Morales*) y en el barranco de las Meladillas. Pero sin duda en los ribazos, acequias y riberas de los ríos se encontraba su hábitat más importante, así tanto en el río Seco —del Molino viejo hacia abajo— como en el río Radón —por debajo del Cubo y hasta el Hocino— y en el río Martín en su tramo superior (la fuente de la Palomia, con un gran cañar del *Tío Caracoles*),

en la huerta Alta, el pozo Cristos, la Badina, el azud La Perera… en todos los tramos, los agricultores plantaban cañas para uso propio (en la huerta y construcción), y algunos incluso para la venta en otros pueblos de Teruel (además, en el siglo XIX la caña española se exportaba en cantidades considerables a Inglaterra, Irlanda y países del norte de Europa).

FICHA

Nombre científico: *Arundo donax.*
Nombre vulgar: Caña, carrizo.
Familia: Poaceae (Gramíneas).
Género: Arundo.
Hábitat y distribución: Suelos húmedos en zonas templadas.
Floración: 2 veces al año (verano y otoño).
Uso y propiedades: Muy variados, destacando el agrícola, artesanal y medicinal.
Partes más utilizadas: Tallo, hojas y el rizoma.

Usos principales de la caña

La caña es rica en fibra, a la vez flexible (en verde) o rígida y fuerte cuando está seca.

- Idónea para la fabricación de lengüetas para instrumentos musicales de viento, se utilizó ya para hacer flautas hace más de 5.000 años. Para instrumentos como el oboe, la dulzaina, el clarinete, la gaita, el saxofón, etc.; se han realizado pruebas de lengüetas fabricadas con materiales sintéticos, pero no se han conseguido los mismos resultados sonoros que con la caña aragonesa. Flautas y carraclas de caña están elaboradas totalmente con el tallo de esta planta.
- También se utiliza como tutor soporte para plantas trepadoras o enredaderas. No hay bancal en la huerta de Alcaine, en primavera y verano, que no cuente con cañas sujetando las tomateras o las judías, entre otras. Utilizada para proteger del viento como cortina rompe vientos (cañizos).
- Las hojas se emplean para la elaboración de cestería: banastos (uno en cada lado del burro), cestos, canastillos, caracoleras, mieleros o arnales, etc. Antiguamente, los calderos para bajar a la

Uso agrícola: cañas en los bancales de Alcaine. (*Foto: J. M. Bespín*)

huerta en Alcaine también se hacían con las paredes de caña y la base con hojas trenzadas. Con la caña se hacían también las ruecas para hilar, peines para tejer los lienzos, alfileteros y varillas de abanicos.

- Como cubierta plana en forma de terraza. En ellas, la estructura de vigas de madera y cañizos queda rematada por una sencilla cubierta de tierra arcillosa.
- Cañizos para secado. Los cañizos en el exterior se colocaban en una zona donde las horas de sol fueran las máximas posibles y poder retirarlos durante la noche o durante los días de tormenta. Para evitar el rocío de la noche y las inclemencias meteorológicas, en las casas se tenían en los graneros bien aireados.
- Para el secado de los frutos. Hay que extender sobre el cañizos los frutos, ya sean higos, uvas, tomates, orejones (trozos de melocotón), etc.
- Una forma práctica, rápida, relativamente accesible y ecológica de levantar una barrera visual en un patio, balcón, terraza o jardín es usar cañas. O simplemente como sombra.
- A modo de laterales de los carros, permitían el transporte de mercancías menudas.
- Se empleaban como material para la construcción, para falsos techos, tejados, separación de estancias, etc. Diversos cañizos junto a maderos y cubierto todo de yeso eran utilizados como medianiles entre cuartos, para separación de estancias. Por ejemplo, en Alcaine era común tras una herencia de padres a hijos, o cuando la ampliación de la familia hacía necesarias más estan-

Cañas en las huertas de Alcaine. (*Foto: J. M. Bespín*)

cias no queriendo añadir peso. El cañizo era ideal. Los cañizos, entrecruzados, solían colocarse también en los suelos, que luego pintaban o pavimentaban con yeso o baldosas.

- La raíz tiene propiedades medicinales en los estados en que se requiera un aumento de la diuresis: afecciones genitourinarias (cistitis, uretritis, pielonefritis, oliguria, urolitiasis), hiperazotemia, gota, hipertensión arterial, edemas, sobrepeso acompañado de retención de líquidos, hipersecreción láctea. La dosis para decocción: una cucharadita de postre por taza, hervir 15 minutos; hay que tomar de una a tres tazas al día. Está contraindicada en embarazo, durante la lactancia (se le atribuye un efecto inhibidor de la leche) y con hipotensión arterial.

Otras utilidades no de menor valor y muy comunes en Alcaine

- Se utilizaban para coger los higos más altos.
- Como tendedor de ropa, colocadas de ventana a ventana, de una casa a otra.
- Para encender las farolas del pueblo, accionando la palanca situada bajo cada bombilla del antiguo alumbrado público de Alcaine (aún es posible observar una en la calle San Ramón).
- Cañizos para pesca en el río (se cogían muchos barbos al quedarse, sin agua, sobre el cañizo).

- Pitorro para beber (para estrechar bocas de toneles).
- En los bancales recién sembrados con panizo (maíz), se hacían esperaderos con cañas en los que se ocultaban los agricultores para asustar a cuervos y tordos. También se hacían espantapájaros con ropas viejas sobre las cañas.

Consejos sobre su recolección

Hay que cortar las cañas más finas y pequeñas para provocar que el resto sean más grandes y altas. Las varas recogidas en otoño se deben utilizar rápidamente, para evitar que pierdan su flexibilidad. No se pelan, operación reservada para las recogidas en primavera. Se seleccionan por grosores, reservando las finas para elaboración de cestería; las más gruesas son las adecuadas para los cañizos. Si se quiere que se conserven las cañas adecuadamente para futuros usos, como tutores, cañizos, etc., el corte tiene que realizarse durante el menguante de enero, con el fin de evitar que los insectos se "instalen" en ellas. Nuestros abuelos aconsejaban que, una vez cortadas, se conservaran en un lugar fresco, seco y al resguardo de la luz.

Cañar en Alcaine, en la zona del Río Arriba. (*Foto: J. M. Bespín*)

Jabón

Mercedes Gascón

El uso del jabón como medio de limpieza data de la más remota Antigüedad. En algunas épocas de la historia llegó a ser un producto de lujo que sólo se hizo de uso general a partir de siglo XIX. En las austeras economías de los pueblos, el dinero era escaso y se trataba de comprar las menos cosas posibles; por eso, era muy común que cada cual se fabricara su propio jabón, que si le sobraba podía cambiarse por otros elementos o alimentos que necesitase. Aprovechando las grasas animales, aceites rancios o los restos de las frituras, se elaboraba en Alcaine el jabón casero de tajo. Éste era el proceso que se seguía.

INGREDIENTES[1]

- 5 l de aceite de oliva reciclado[2]
- 6 l de agua
- 1 kg de sosa cáustica
- Arena o ceniza

UTENSILIOS

- Una olla grande o bidón
- Palo largo
- Colador grande
- Caja de madera
- Papel de diario o bolsa de plástico con agujeritos
- Alambre o cuchillo largo
- Colador
- Una cuchara

ELABORACIÓN

- Echar el agua dentro del bidón o la olla grande y añadir la sosa cáustica. Remover con un palo hasta que quede disuelta. Añadir el aceite.

- Volver a remover el contenido hasta que los tres ingredientes queden bien mezclados. Dejar reposar.

• Hervir durante media hora, a fuego lento, removiendo el contenido con el palo de vez en cuando.

• Preparar el cajón, colocando en el fondo la arena o la ceniza que absorberá el agua que desprende el jabón al secarse. Posteriormente, forrar el cajón con papel de diario o plástico (el plástico debe tener pequeños agujeritos para que pueda colarse el agua). Coger con un colador el jabón que queda flotando por encima del agua y depositarlo en el cajón.

• Alisar con una cuchara la superficie del jabón. Dejar reposar hasta que se solidifique.

• Sin dejar que se seque totalmente, cortar las piezas de jabón con un alambre o cuchillo grande. El tamaño dependerá del gusto del consumidor.

[1] Para diferentes cantidades de aceite realizar el cálculo según las proporciones indicadas.

[2] Si no se dispone de aceite de oliva, puede utilizase grasa animal calentada hasta que se convierta en líquido.

Elaboración: Ascensión Tomeo y Manuel Gil.
Receta: Teresa Pomar.
(Fotos: Mercedes Gascón)

Alcaine y el Abrigo de la Cañada de Marco, centro del Patrimonio Mundial Español

José Royo Lasarte

Charla en las Jornadas de Patrimonio Mundial.

Alcaine —con el Abrigo de la Cañada de Marco declarado Patrimonio Mundial en 1998 dentro del Arte Rupestre del Arco Mediterráneo—, fue la sede de las Jornadas de Patrimonio Mundial que se celebraron los días 2, 3 y 4 de junio de 2011.

A la singularidad y riqueza patrimonial de nuestro pueblo se unió el reconocimiento de su importancia por parte del Ministerio de Cultura para hacerlo sede de tan importantes Jornadas, que hicieron recabar aquí a especialistas sobre Patrimonio Mundial de toda España y de Aragón en particular, desplazándose hasta nuestra localidad la Subdirectora General de Protección del Patrimonio Histórico del Ministerio para inaugurar las jornadas y abrirlas con una ponencia sobre este Patrimonio distinguido por la UNESCO por su excepcionalidad.

La temática abordada con motivo de dichas Jornadas se basó en los siguientes aspectos. Los bienes aragoneses inscritos en la lista de Patrimonio Mundial están vinculados a la participación con otras Comunidades Autónomas en dos casos: el Camino de Santiago y el Arte Rupestre del Arco Mediterráneo de la Península Ibérica. Por otro lado, se incluye en la Lista la Arquitectura Mudéjar de Aragón, como bien único de la Comunidad Autónoma y, finalmente, el bien Pirineos-Monte Perdido, que constituye un bien mixto compartido con Francia.

Es de destacar que el Bien más numeroso en enclaves es el **Arte**

Rupestre del Arco Mediterráneo de la Península Ibérica, cuya gestión, desde el punto de vista de la difusión está asociada a las actuaciones propias de los Parques Culturales de Aragón, instrumentos del Gobierno de Aragón para el desarrollo sociocultural de las zonas que ocupan. Dentro de estos Parques Culturales son de especial interés los del Río Martín, Albarracín y El Maestrazgo, en Teruel, y el Parque del Vero en Huesca, por contener un gran número de abrigos con pinturas rupestres.

Dentro de esta temática del Arte Rupestre, Alcaine figura en la lista Mundial con dos abrigos con arte rupestre excepcionales: el Abrigo de la Cañada de Marco, descubierto por José Gil Luna en 1965, y el Abrigo de la Higuera, descubierto por José Royo en 1994, y que han sido los dos elementos claves para encumbrar Alcaine, aunque sólo fuese por los tres días en que duraron las Jornadas, para ser el Centro de Atención del Patrimonio Mundial Español.

Respecto al **Camino de Santiago**, ubicado en las provincias de Huesca y Zaragoza, además de las actuaciones conjuntas con otras Comunidades Autónomas, se deben destacar las actuaciones de promoción realizadas en el año 2010 como año jacobeo.

La **Arquitectura Mudéjar de Aragón** está representada por varios inmuebles, en su mayoría religiosos, de las provincias de Teruel y Zaragoza, cuya gestión, en todos los sentidos, está coordinada por sus propietarios, la Iglesia Católica.

Por último, hay que señalar la especial gestión del **Parque Nacional de Ordesa,** un bien integrado en la lista de Patrimonio Mundial, pero cuyas iniciativas de educación, formación y difusión se desarrollan dentro de la gestión general realizada por el Departamento de Medio Ambiente del Gobierno de Aragón.

Las Jornadas estuvieron dirigidas a miembros de colectivos directamente relacionados con el patrimonio cultural y natural, aunque la asistencia finalmente estuvo abierta a toda la sociedad. Se inscribieron unas setenta personas, adscritas a diferentes colectivos culturales, administrativos, de protección, estudiantes, etc. Además, muchos vecinos asistieron esporádicamente a las conferencias que consideraron de interés.

Las Jornadas se estructuraron en varias unidades temáticas. La primera, a modo de introducción general, abordó el concepto de Patrimonio Mundial y de Patrimonio Inmaterial: orígenes y desarrollo; situación actual y tendencias; el Patrimonio Mundial en España; tipologías de

De arriba a abajo. Publico en las Jornadas. Excursión a las pinturas rupestres. Clausura de las Jornadas.

bienes: Cultural, Natural, Mixto; la Lista Indicativa Española; las Candidaturas Actuales, y el Patrimonio Inmaterial en España.

La segunda unidad atendió al "Proceso de inscripción" y en varias ponencias se explicaron las Candidaturas a Patrimonio Mundial presentadas por Aragón (desarrollo de los expedientes de las candidaturas; el Valor Universal Excepcional; criterios, presentando durante las jornadas los expedientes de icnitas de dinosaurios y tamboradas). También se abordó el papel de los órganos consultivos ICOMOS y UICN.

La tercera unidad versó sobre la gestión, tomando como modelo los Parques Culturales de Aragón, entre otros planes de gestión.

En la cuarta unidad se presentó el Patrimonio Mundial en Aragón: Camino de Santiago, la Arquitectura Mudéjar de Aragón, Pirineos-Monte Perdido y el Arte Rupestre del Arco Mediterráneo de la Península Ibérica.

Para cerrar las Jornadas se atendió específicamente al Parque Cultural del Río Martín y a la localidad anfitriona, Alcaine, donde se desgranaron las actuaciones del Parque Cultural del Río Martín en arte rupestre y se realizó una visita al Abrigo de la Cañada de Marco, donde se planteó con el Ministerio la posibilidad de realizar un nuevo cerramiento más sólido, seguro y consistente, y adecuar una nueva señalización, actuación en cuyo proyecto ya se está trabajando.

Introducción a la fauna del Parque Cultural del Río Martín
Jonathan Díaz Marbá (coordinador)
Edita: Asociación Parque Cultural del Río Martín. Zaragoza: PRAMES, 2011.
333 págs.

Este libro realizado por PRAMES, editado por la Asociación Parque Cultural del Río Martín (PCRM) y el Gobierno de Aragón, ha contado con la colaboración de tres comarcas (Cuencas Mineras, Andorra-Sierra de Arcos y Bajo Martín), Leader, Unión Europea y la Asociación para el Desarrollo Integral Bajo Martín-Andorra-Sierra de Arcos, es una guía imprescindible y casi exhaustiva de los animales que comparten la vida en el Parque Cultural. Se inicia con una introducción sobre la caza fotográfica, realizada por Jonathan Díaz, que es el autor de casi la totalidad de las fotografías de animales y de las fichas de las 146 especies, con la descripción de los hábitats en los que se encuentran, datos y curiosidades sobre ellos. Además, hay artículos de destacados estudiosos (José Ignacio Canudo, Gloria Cuenca, Fco. Javier Escorza, Juan Carlos Gordillo, José L. Lagares, Marc López, Luis Lorenzo, Fco. J. Moreno, Manuel J. Navarro, José Royo, Luis Sánchez y Jordi Serra) que versan sobre las especialidades sobre las que trabajan (la fauna a lo largo del tiempo, la Prehistoria, el arte rupestre, etc.).

Está estructurada por los diferentes hábitats del territorio. Así, comienza con la fauna en las paredes rocosas y cañones del río Martín, sigue con la presencia en los humedales (con especial hincapié en la del pantano de Cueva Foradada), la del ecosistema fluvial (detallando tanto las especies del cauce como de la ribera), la forestal (la presente en los pinares del Parque), la que vive en los matorrales de los parajes semiáridos y por último la presente en el rico mundo subterráneo de la zona (destacando la presente en la Sima de San Pedro, un ecosistema único en Europa).

Es de justicia destacar las magníficas fotografías que ilustran esta guía. De las 375 incluidas casi 350 son de Jonathan Díaz Marbá, reconocido fotógrafo naturalista colaborador de las revistas CAUCE y Verde Teruel, entre otras publicaciones. En definitiva, un libro imprescindible no sólo para los visitantes del PCRM sino para cualquier

amante de la naturaleza, tanto por los textos como, repetimos, por las espléndidas fotografías que incluye. El libro puede adquirirse a través de la web *www.parqueriomartin.com* o bien en la dirección del PCRM: Tiro del Bolo, s/n – 44547 Ariño (Teruel). Recordamos que también existe publicado (en 2009) un primer volumen dedicado a la flora del Parque, también muy completo e interesante.

Sabores de las Cuencas Mineras. Recetario
Escucha (Teruel): OFYCUMI (Oficina de Fomento y Desarrollo de la Comarca Cuencas Mineras), 2009.

Se trata de una nueva publicación culinaria coordinada por OFYCUMI (Oficina de Fomento y Desarrollo de la Comarca Cuencas Mineras) tras una labor investigativa de recopilación del patrimonio gastronómico comarcal y enmarcada en el programa "Pon Aragón en tu mesa" (un Proyecto de Cooperación nacido al amparo de la iniciativa Leader, que pretende fomentar el conocimiento y consumo de los productos agroalimentarios que se producen en los territorios rurales de Aragón).
Los dos años anteriores se habían organizado dos concursos gastronómicos de recetas tradicionales, en los que participaron vecinos y vecinas de varias localidades de la Comarca, y surgió la idea de compendiar esa variedad de recetas en una publicación para darlas a conocer al público en general. Por nuestro municipio de Alcaine participó Emilia Monfort Ripollés —copropietaria de la Casa Rural El Perche— con una sencilla y buenísima receta de crespillos a base de hojas de la popular borraja. La recopilación se ha diseñado como un recetario en forma de bloc con anillas, con la idea de poder ir añadiendo las fichas de otras recetas tradicionales que se vayan recuperando y que participen en los próximos certámenes del Concurso Gastronómico Cuencas Mineras.
A través de las recetas publicadas queda demostrada la variedad y riqueza gastronómica tradicional, que se ha ido conservando al pasar de generación en generación. Así tienen cabida, en las fichas publicadas, tanto primeros y segundos platos como gran variedad de postres, realizado todo con productos de la tierra. El libro-recetario se puede adquirir impreso o bien descargarse desde la página web de OFYCUMI *(http://ofycumi.es/)* o desde la sección Hemeroteca de la página web de "Pon Aragón en tu mesa" *(http://www.ponaragonentumesa.com).*

Paseos y excursiones.
Cuencas Mineras
Colección: Paseos y excursiones (GR y PR)
Zaragoza: PRAMES, 2011.
203 págs. Incluye cartografía:
3 mapas con recorridos
(escala: 1:40.000)

El libro, encuadernado en rústica, fue presentado en abril de 2011 por el presidente y el vicepresidente de la comarca, el consejero de Turismo y uno de sus autores. En sus páginas, con aportaciones de varios autores, muestra los importantes y abundantes recursos que posee la comarca: el paisaje, los Parques Cultural, Geológico y Escultórico, los Bienes de Interés Cultural, los enclaves paleontológicos y el arte rupestre levantino —Patrimonio Mundial de la UNESCO—, los puntos de interés geológico y una naturaleza de alto valor reconocido por los LIC (Lugar de Interés Comunitario) y las ZEPA (Zonas de Especial Protección de Aves) con los que cuenta. La diversidad y grandiosidad de los parajes de los pueblos de la comarca hacían necesaria una publicación que agrupara los mejores senderos y recorridos en una topoguía útil y manejable (12 x 22,5 cm) que nos muestra más de 40 rutas e incluye magníficas fotografías. Además, incorpora, muy oportunamente, 3 mapas a escala 1:40.000 que nos facilitarán la organización de las excursiones y paseos, la mayoría de escasa dificultad.

La intención es canalizar la demanda turística con la red de senderos creada por la comarca (alguno de ellos en Alcaine) y en la que se han integrado vías verdes y circuitos de aventura, centros de interpretación, balneario y diversas rutas específicas (arte rupestre, obras hidráulicas, etc.). A través de todos los recorridos propuestos puede hacerse el visitante una idea clara de la geografía humana y natural, del legado cultural que acogen sus pueblos, de la rica naturaleza de la comarca con sus asombrosos contrastes.

Rincón Literario

EN OTRA CUEVA

Ya cercano a mi jubilación de profesor de Lengua y Literatura Castellanas, en una de las clases de esta asignatura explicaba a mis alumnos de 1.º de Bachillerato del IES "El Portillo" de Zaragoza, la técnica de elaboración de un texto literario con el fin de que complementaran el aprendizaje con un ejercicio práctico.

—Recordad que, además de todos los pormenores reiterados a lo largo del curso concernientes al buen uso de la construcción sintáctica, de la elección léxica y de las normas gramaticales básicas, la estructura más habitual de un texto consta de presentación, nudo y desenlace o introducción, desarrollo y conclusión, según el género textual de que se trate.
—Profesor, ¿esa estructura es única? —pregunta un alumno.
—No, por supuesto. Nos pueden aparecer textos con dos partes e incluso sólo con una. Pero nosotros hoy adoptaremos la estructura estándar, la más común.
—De acuerdo —asintió el alumno.
—Asimismo, debéis tener presente la diferencia entre tema y argumento, sabiendo que el primero es la idea que queremos transmitir y el argumento es la historia que contamos con los personajes, lugares, fechas y acciones concretas. Ambos os los voy a proporcionar yo.

Tras proveerse los alumnos de papel e instrumentos para escribir, mi semblante se transformó y adoptó una actitud más propia de un escenario teatral que de un aula. Los escolares se percataron de inmediato de la expresión de mis ojos, de mis rasgos faciales y de la pose de todo mi cuerpo. Se palpaba que iba a comunicarles algo insólito, personal o sorprendente.

—El tema elegido va a ser la solidaridad o ayuda en situaciones controvertidas. En otras palabras, a través del relato debéis exponer la idea de auxiliar a personas en riesgo por el mero sentimiento emanado del interior de cualquier ser humano. El argumento es un hecho real que le sucedió a un amigo mío. Sin embargo, como vais a redactar un texto literario, podéis cambiar los nombres, los lugares e incluso trastocar o inventar hechos o detalles que conviertan la realidad en literatura, en fantasía.

La expectación se acrecentó al comentar yo que mi amigo había mantenido toda su vida este acontecimiento en total secreto, porque creía que podía perjudicar, en forma de

represalia, a algún miembro de su familia. Temía por la seguridad de sus padres e hijos en los tiempos franquistas y por la de sus nietos en tiempos más recientes, a pesar de que con la democracia se había llegado a una normalización. Nunca se preocupó por su situación personal. A sus 82 años, quizá por confianza, por necesidad psicológica o por el valor de purificación de una confesión, pagana en este caso, aun teniendo la conciencia muy tranquila, mi amigo Francisco Martín, consciente de que me obsequiaba con un grato regalo, se explayó pausadamente, sentados los dos, uno frente a otro, en la mesa del comedor de su casa de Zaragoza. Aunque la emoción primó sobre los hechos contados, creo que logré ser fiel al proporcionar el relato a mis alumnos.

******

La convivencia en los pueblos de la provincia de Teruel era difícil en los años de la posguerra, ya que venía marcada por las pautas del desenlace del conflicto. Era patente que los vencedores mandaban y que los vencidos acataban no sólo el nuevo orden establecido sino también algunas conductas humillantes, además de poder ser acusados de connivencia con los reductos de la resistencia de los maquis, pertrechados tras las zonas montañosas.

Francisco Martín vivía en la calle Cabezuelo de Alcaine, en una casa humilde donde su familia tenía la carpintería. Su padre había sido miembro del Comité de la localidad, aunque quedó libre de la muerte, del exilio y de cualquier condena. Francisco, por su juventud, no había tenido ninguna afiliación ni participación en los avatares bélicos ni antes ni durante ni después.

Una tarde de primavera, Francisco, que se encontraba de permiso de fin de semana del servicio militar, desempeñado en el Cuartel de Pontoneros de Zaragoza, salió a dar un paseo para disfrutar de la naturaleza y respirar el aire impregnado de los olores del romero, tomillo y pino. Bajó por la cuesta de San Valero, caminó hacia arriba a la vera del río Martín y se desvió a la izquierda por la costera del Fraile. Se adentró en el pinar de la Cañada de Marco siguiendo una senda desconocida para él. Le acompañaban el silencio y el canto de *recalderinas*, gorriones y palomas torcaces. Al llegar a la boca de la cueva de la Porquera, le echó el alto un maquis, fusil en mano.

—¿Dónde vas por aquí? ¿Vas solo?

—Pues, he salido a dar una vuelta —respondió nervioso—. No viene nadie conmigo.

—Dispárale ahora mismo —dijo con rotundidad otro maquis, que yacía recostado en una piedra enorme.

—Espera, deja que hable. A lo mejor nos puede ayudar.

—Te he dicho que lo mates—reiteró—. Si no, aquí caemos los dos. Por lo menos, sálvate tú.

—Mira —continuó el primero dirigiéndose hacia Francisco y sin dejar de empuñar el arma—. Ya ves que mi compañero está herido y no podemos movernos de aquí. No disponemos de nada para curarlo y, si le quito esos trapos, se desangra. ¿Podrías traernos mercromina y unas gasas?

—De acuerdo. Precisamente estoy haciendo la mili en el servicio de enfermería del cuartel de Pontoneros. Allí tengo todos los medicamentos necesarios. Incluso puedo traer las pinzas Kocher para que no se gangrene. Me voy mañana y vuelvo por la tarde.
—Pareces buen chico y nos fiamos. Estaremos vigilantes.

Al día siguiente, Francisco volvió a la cueva. Ellos no se encontraban allí. Estaban parapetados en un montículo que había encima.

—¿Seguro que no viene nadie detrás de ti? Te juegas la vida.
—Nadie se ha enterado de esto.

Francisco curó al herido y les dejó los medicamentos para varios días. Ellos se lo agradecieron y le dijeron que se cambiaban de escondite hasta que pudieran emprender viaje. Ni le dijeron qué dirección tomarían ni, por supuesto, él preguntó nada.
Francisco retornó al pueblo, sin enterarse por dónde pisaba y con sobresaltos al oír el ruido de cualquier piedra que él mismo movía con sus pies. Por un lado, se sentía satisfecho por la labor humanitaria de salvar una vida, aunque no fuera partidario de la postura de los maquis; pero, por otra, sentía temor de ser descubierto y acarrear con unas consecuencias imprevisibles para él y su familia.
A los 15 días, escuchó en la radio que varios maquis provenientes de la zona de Alcaine y Estercuel habían sido abatidos en un tiroteo cuando cruzaban el Ebro, sin percatarse a qué altura ya que le invadió una ráfaga de tristeza y de sentimiento de inutilidad por todo su esfuerzo. Este secreto, somatizado, lo llevó siempre en su interior. Cuando Francisco tenía 72 años, un buen día, sonó el timbre de su parcela del barrio de Valdefierro. Salió cojeando por sus problemas de ciática y abrió la puerta. Se encontró enfrente, estáticos y expectantes, un matrimonio de una edad algo superior a la suya.

—¿Es Ud. Francisco Martín? —le espetó el señor, olvidando el saludo previo.
—Sí señor, para servirle —contestó, eligiendo una fórmula de respuesta de tiempos pasados.
—¿No se acuerda de mí?, ¿no le suena mi cara?
—Pues no. No caigo en la cuenta.
—¿No recuerda que Ud. curó a un maquis que estaba desangrándose en un cueva del pinar de su pueblo? —pudo preguntarle con pausas en sus palabras.
—Sí, pero oí por la radio que murieron en el Ebro —replicó Francisco sin percatarse de que rompía su secreto.
—Murió mi compañero. Yo, a pesar de que no había cerrado del todo la herida, pude escaparme a nado —sollozó y se abalanzó sobre Francisco, uniéndose también la esposa.

Los abrazos, besos, gemidos y lágrimas se apoderaron de las palabras durante unos minutos de ensueño. Tras la intensa emoción, repasaron la película de las vivencias de aquellos momentos lejanos y del devenir de sus vidas. Simón, el ex maquis, huyó a

Argentina, se casó allí y logró una buena situación económica. Le dijo a Francisco que le enviarían los billetes de avión para que fuera a visitarlos todo el tiempo que quisiera. Como la pereza y el decaimiento de la salud demoraban el viaje, Simón le envió como recuerdo, con un sobrino gallego, una antiquísima medalla repujada en plata heredada de sus abuelos.

Pasado un año, un hijo de Simón se presentó en casa de Francisco para comunicarle que su padre había fallecido. Le regaló un pequeño aparato musical portátil de gran calidad. Francisco le mostró, agradecido, la medalla familiar. El hijo enmudeció y con evidente sonrojo exclamó: «Esa no es la medalla de mi padre. Mi primo la cambió».

No pudo tener más noticias Francisco. Se trasladó a pasar una temporada al pueblo. Otra tarde, de otoño, repitió la caminata de antaño hasta la cueva de la Porquera. Paraguas en una mano, un bastón de madera repleto de figuras en relieve, que él mismo labró, en la otra y el aparato musical al cuello, pisaba lentamente el tapiz de tonos amarillos urdido con las hojas de los chopos del río y, ya en el pinar, respiraba los verdes aromas, remarcados por la lluvia.

Casualmente, un grupo de amigos, acudimos a la cueva desde otra dirección una media hora más tarde. Allí encontramos a Francisco, todavía caliente, recostado con solemnidad en una gran piedra, mientras sonaba la parte otoñal de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, como si emanara de todos los rincones de la cueva, y le acompañaban una bandada de *recalderinas*, gorriones y palomas torcaces. Conservaba en sus manos una hoja, recién escrita en caligrafía artística: *«Manuel, gracias por tu amistad y por escucharme. El bastón y el aparato de música, para ti.»*

P.D.: La clase terminó, la música sigue sonando y la palabra perdura para siempre.

Manuel Val

Invierno del 62

Humeaba la vieja chimenea,
esparciendo los olores de la leña,
sobre el manto helado de rocío
que cubría los tejados de las casas.
El pueblo, adormilado todavía,
despertaba al toque de campanas.
El abuelo, ordenaba los aperos
y aparejaba a las caballerías.
Una nueva jornada comenzaba.

Las calles se llenaban de bullicio,
los chiquillos corrían a la escuela.
El fuego crepitaba en el hogar,
consumiendo viejos troncos de olivera.
Los pucheros arrimados a las brasas,
preparaban, para luego, la comida.
Aroma de rosquillas en la estancia.
La abuela regentaba la cocina.

José Miguel Adán

Ayuntamiento de
Alcaine (Teruel)

CUENCAS MINERAS

ACA
Grupo Acción Cultural Alcaine